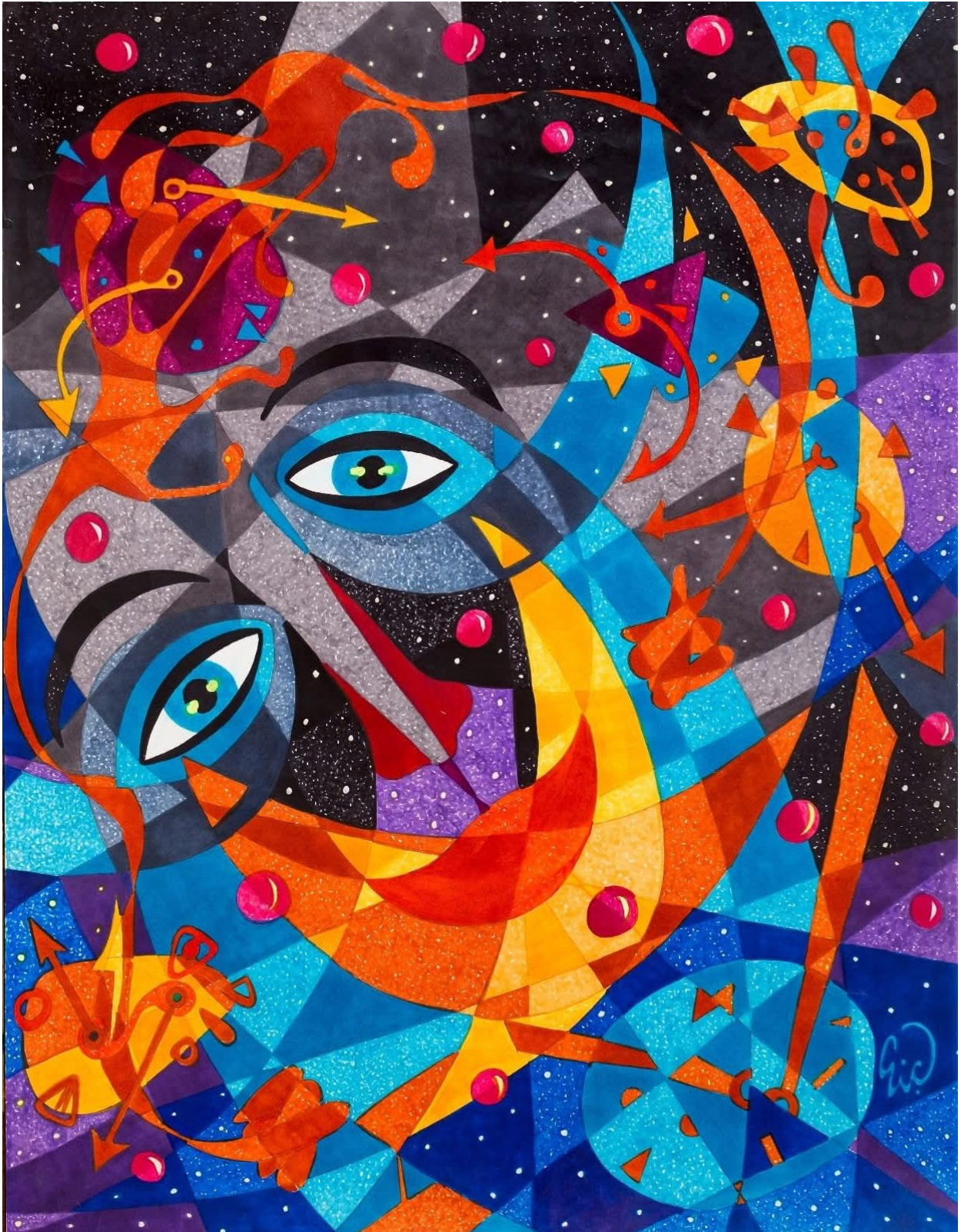


# Latorredelojo

Año II — Número 8

Revista de literatura y cultura





# LA TORRE DEL OJO

Revista de literatura y cultura

[www.latorredelojo.com](http://www.latorredelojo.com)

**NÚMERO 8**

Abril 2026

**ISSN: 3101-2167**

## DIRECTORES

Felipe Díaz Pardo

Fernando Martín Pescador

## COLABORACIONES

Ana María Abad García

Marcos Ballester Matito

Elena Belmonte

Raquel Bordóns

David Botella

Carlos Diest Sánchez

Pedro Fajardo

Ángel Manuel Felicísimo Pérez

Octavio Gómez Milián

Gotardo González Quero

José Ramón Guillem García

Manuel Hernández Andrés

Juaco

Juan José Jurado Soto

Tina de Luis

José Manuel Pérez González

Manuel Pozo Gómez

Miguel de los Santos

Miguel Sarmiento de Francisco

Francisco José Segovia Ramos

Rafael Yuste Oliete

## ILUSTRACIONES

Ángel Busto



## CONTACTO

[latorredelojo@gmail.com](mailto:latorredelojo@gmail.com)

Enviar colaboraciones a esta dirección de correo.

*La torre del ojo* no se responsabiliza, necesariamente, de las informaciones y opiniones expresadas por sus colaboradores.

# Editorial

Por Felipe Díaz Pardo

Inauguramos nuestra primera primavera con el octavo número de *La torre del ojo*. Es época de dulces cantos de esas pequeñas avejillas que se balancean sobre las ramas prestas a florecer. Por eso, lo ideal sería iniciar tan jubilosa estación con alguna melodía alusiva a este tiempo florido y lleno de color, pero lo nuestro son las palabras, que siempre queremos que suenen armoniosas, algo que esperamos conseguir gracias a las contribuciones de nuestros colaboradores. Muchos de ellos repiten y otros nuevos se incorporan, lo que nos llena de gozo y por lo que a todos les mostramos nuestra gratitud.

Esta vez, el plácido sonido que irradian los textos que incluimos vuelve a ilusionarnos con sus variados temas y formas. Y si la entrega anterior nos introdujo por tierras turolenses, ahora dejamos que la inspiración brote por todas partes, como es nuestra pretensión, pues infinitos son también los caminos en donde habitan nuestros lectores y a los que agradecemos su aliento para seguir adelante. Todo asunto, como se puede comprobar, tiene cabida en el mundo de la cultura mientras que la sensibilidad y la calidad vayan de la mano.

Y para completar ese sabroso rumor de las palabras, en esta ocasión contamos con las ilustraciones de Ángel Busto, antes valdemoreño y ahora habitante de tierras extremeñas, pero de ambos lugares, siempre lúcido e inspirado y con su estilo personal y diferente. El colorido de sus imágenes será la puerta de entrada a esta nueva época del año que promete alegría y diversión tanto a los que contribuimos con la elaboración de estas páginas como a los que se acerquen a ellas para su lectura.

## Contenidos

<b>Palabra de comunicador</b> Ángel Busto Maneiro	página 4
<b>Quién me ha robado el mes de abril</b> Raquel Bordóns	página 5
<b>La hermandad del Pajarito</b> Pedro Fajardo	página 7
<b>Sonetos contra la guerra</b> José Manuel Pérez González	página 14
<b>Pido permiso, señoras</b> Miguel Sarmiento de Francisco	página 15
<b>La niebla</b> Juaco	página 17
<b>Una montanya – e tres u cuatro ríos</b> Carlos Diest Sánchez	página 18
<b>Caminos bajo la Vía Láctea</b> Tina de Luis	página 21
<b>Arritmias</b> David Botella	página 22
<b>El caballero esmeralda (Fábulas)</b> Rafael Yuste Oliete	página 23
<b>Martes de Carnaval</b> Manuel Hernández Andrés	página 24
<b>El coma</b> Francisco José Segovia Ramos	página 31
<b>El valle de la Brañeda</b> Manuel Pozo Gómez	página 32
<b>El viento entre los árboles</b> Elena Belmonte	página 35
<b>La maestra</b> Ángel Manuel Felicísimo Pérez	página 38
<b>Nana</b> Gotardo González Quero	página 40
<b>El faro de la media luna</b> Ana María Abad García	página 43
<b>Tarde de monstruos</b> Marcos Ballester Matito	página 46
<b>Tú dices... Bécquer decía..., de David Araújo</b> Miguel de los Santos	página 48
<b>El ensayo y la novela en la Generación del 27</b> Felipe Díaz Pardo	página 52
<b>La IV Guerra Ibérica</b> Octavio Gómez Milián	página 56
<b>A cara de perro</b> José Ramón Guillem García	página 59
<b>Las palabras también cuentan</b> Juan José Jurado Soto	página 64
<b>Beatrix Kiddo</b> Fernando Martín Pescador	página 68
<b>Entrar en una biblioteca</b> Fernando Martín Pescador	página 71
<b>Agenda 2025—26</b>	página 74

## Palabra de comunicador

Ángel Busto Maneiro♦



Me preguntas ¿por qué escribo? ¿Por qué ilustro? ¿Por qué pinto?

Sencillas preguntas, complicadas respuestas, aunque, a decir verdad, a poco que se busque en el cajón de las verdades, nada será tan sencillo como contestar: "porque Soy".

"Soy"... minúscula palabra, aunque totalmente completa dentro de sus apenas tres letras. Solitaria palabra que no precisa de más grandilocuencia que lo que indica.

"Soy"... Individualidad genuina dentro de un inmenso Colectivo que me impide desaparecer en el torbellino de la globalidad, Humanidad compleja que día tras día trata de convertirme en insignificante partícula dentro de esta inmensidad de universo llamada Sociedad.

Soy... apenas nada... Pero soy. No renuncio a mi Individualidad ... porque, si no fuera apenas nada, la Mole Social me absorbería y desaparecería en la ignorancia, perdiendo esa maravillosa oportunidad de Ser, de tener conciencia de Existir, de la importancia de ser Importante dentro de ese microuniverso llamado Yo Mismo.

Porque Soy importante. Porque todos somos importantes, todos dentro de nuestra Importancia individual que, aglutinada una junto a otras, formamos La Cultura, la Civilización.

Podemos aprender todos de todos, aunar nuestras sinergias y seguir creciendo día a día, conectándonos unos a otros, compartiendo nuestras Emociones, nuestros Sentimientos, nuestros Conocimientos en Simpatía, empáticamente, de Mí para Ti y viceversa.

"Ser", cada uno con sus características, con su Mensaje de Vida, con su historia particular que aportar, ofrecida para compartir, para conectar, para seguir creciendo unos junto a otros.

Me preguntas... ¿Por qué escribo, por qué ilustro, por qué pinto, por qué comparto?

La respuesta es porque "Soy" y porque Tú también "Eres".

Te estoy aguardando para compartir Vida.

---

♦ **Ángel Busto Maneiro** (Madrid – residente en Plasencia), aficionado al dibujo y a la pintura. Trabaja sobre papel de alta densidad con marcadores acrílicos o de base tinta/agua.

## QUIÉN ME HA ROBADO EL MES DE ABRIL

Raquel Bordóns<sup>♦</sup>



Sabina ha entonado esta canción cientos de veces desde 1988 en que la creó como parte de la banda sonora de *Sinatra*, una película protagonizada por Alfredo Landa y Maribel Verdú, que muchos jóvenes y no tan jóvenes ni sospechan de su existencia.

Desde entonces y desde mucho antes, ha habido muchos abrils robados. O, como dirían otros, muchas primaveras perdidas. Se me pasa por la cabeza aquel abril de 1906 en el que un terremoto de 7,9 en la escala de Richter asoló la ciudad de San Francisco dejando a más de 300000 familias sin hogar, y a cerca de 3000 personas sin vida. El 80 por ciento de la ciudad fue destruida. Nos resulta complejo asimilar esto, sentados en nuestro cómodo sofá de nuestra apacible casa en nuestra medianamente pacífica ciudad.

Intento pensar lo que sería, poniéndome en el afortunado lugar de los que sobrevivieron, llegar al lugar donde unas horas antes había estado mi casa y

---

<sup>♦</sup> Raquel Bordóns, aquella que lucha por que no se robe el mes de abril.

encontrar una montaña de escombros sepultando decenas de mis abriles: mis fotos, mis relatos, mi almohada, mis recuerdos... todos destinados a vivir ya solamente en mi memoria. El mundo robó a miles de personas su mes de abril, donde "no habría consuelo ni ascensor".

Seis años más tarde, sería un iceberg el que robó el mes de abril a más de dos mil personas que viajaban en el Titanic. Como había ocurrido seis años antes en San Francisco, dio lo mismo la escala social, los bienes materiales o la situación vital de los ocupantes del buque. Ni los supervivientes recuperaron su mes de abril; el terror, el dolor, el ostracismo social al que fueron condenados algunos de ellos condenados por cobardía y las pérdidas personales y materiales fueron tan terribles que aquel mes de abril hizo temblar algo más que sus vidas.

Muchas primaveras después, en 1986, un nuevo mes de abril fue robado dejando sin aliento al mundo entero debido a una de las peores catástrofes creadas por el ser humano, dejando Chernobyl segado por la explosión de uno de los reactores de su central nuclear.

Y seguimos sin aprender. Abril debería ser sinónimo de apertura de la tierra para dejar florecer la vida y adornar con la explosión de la primavera los campos. Los jóvenes deberían acumular sus abriles llenando de risas y amor al mundo. Sin embargo, hay quienes ensombrecen esos abriles robándoselos al mundo sin esperar siquiera a que la naturaleza se revele como en 1906 o a que los accidentes nos sorprendan como en 1912. ¡No!, desgajan los pétalos de las primaveras de tantos seres vivos con sus sucias maniobras rompiendo vidas, destruyendo sueños y arrasando esperanzas.

Son demasiados los que tienen ese poder; pero a mí me queda una esperanza. Y es que otro mes de abril de 1995, la conferencia de la Unesco señaló el día 23 de este mes como *El día del libro*. Y es que, mientras sigamos escribiendo, mientras sigamos manifestando a través de las letras nuestros sueños, nuestros ideales y mientras las palabras nos rieguen con la fuerza de los que tenemos la suerte de sobrevivir un día más; mientras esto ocurra, seguirá habiendo abriles que se libren de esos robos que parecen invencibles pero no lo son.

### LA HERMANDAD DEL PAJARITO

Pedro Fajardo♦



*Un casino de provincias lleno de gente. Sobre el escenario, el líder de la secta. Se escucha una voz que procede de alguno de los espectadores. El líder, mientras tanto, deambula por el escenario realizando un saludo curioso que identifica a los miembros de la secta y que consiste en entrelazar los pulgares y mover el resto de los dedos como si fueran las alas de un pájaro y todo ello dibujando un semicírculo de izquierda a derecha. Los receptores le responden de idéntica manera.*

---

♦ **Pedro Fajardo** ha combinado, con idéntico entusiasmo, las clases de Lengua y Literatura en Enseñanza Media con una irresistible vocación teatral, tanto como intérprete, director o pergeñando textos dramáticos, aunque esta última faceta responda más a una necesidad impuesta por las exigencias de las tablas que por la que anima a los auténticos artistas de la palabra.

**HOMBRE.—** ¡Oh, hermandad del pajarito!

Que nos congregas aquí  
y te cantamos bajito  
para hacerte muy feliz.  
Hoy nuestro líder Gorito,  
que vale un potosí,  
nos hablará un momentito  
si le queremos oír.  
Y con su verbo florido  
que conforta de por sí,  
nos sentiremos queridos  
y clamaremos: ¡Por fin!  
¡Oh, hermandad del pajarito!...

**GORITO.—** Basta, basta ya, Epifanio... Ya te hemos dado cancha, has repetido nuestro ilustre himno cuatro veces, pero ya está bien... Nuestros queridos pío-pajaritos se van a sentir rehenes de tu entusiasmo, más que idólatras de tus dotes cantarinas que, por cierto, hoy no han mostrado sus mejores galas... Tú ensaya, ensaya más para nuestro próximo encuentro. Y ahora, antes de entregarme a vosotros, quiero escuchar la petición unánime de mis pío-pajaritos...

*Se oye la voz del público que grita: "ESTOY MAL, PERO VOY BIEN: TE TENGO A TI".*

**GORITO.—** ¡ESTOY MAL, PERO VOY BIEN: TE TENGO A TI! Sí, queridos míos, me tenéis, soy vuestro, me prodigo entre vosotros como el agua saludable que reconforta al sediento, como bálsamo en la espalda tras quemadura de sol, como el maná que alimenta la vida... Y hablando de alimentar, mirad este cestillo... ¡Qué triste está! Reclama sus billetitos solidarios... La pasada semana obtuvimos novecientos cincuenta euros... Hoy tenemos que dinamitar nuestro límite e ir más allá. Porque podéis, claro que podéis... Pío-pajaritos, procuremos que el cesto se quede pequeño y tengamos que cambiarlo... (*Se lo da a uno de los miembros.*) Ahí va, como barquichuelo a la deriva. ¡Que no naufr-

que! ¡Que tarde en retornar a mí! ¡Y que, cuando lo haga, henchido de su carga y a punto de zozobrar, ya saldré yo, vuestro amado Gorito, a rescatarlo de la turba tormentosa que pretende hundirlo! Yo, que quemé mis naves para salvaros a vosotros, no merezco nada más que vuestra admiración y cariño... *(Pausa. Pone una mano tras la oreja.)* ¡No os escucho!

*Se oye de nuevo la voz del público que grita: "ESTOY MAL, PERO VOY BIEN: TE TENGO A TI".*

**GORITO.—** Por cierto, ahora que veo allí a las hermanas Requejo, Etelvina y Viriata, quiero recordaros que algunos de vosotros todavía no ha satisfecho el correspondiente abono de la cuota mensual... ¿Cómo pretendéis que mantengamos la hermandad en pie? ¿Es que pensáis que me sustento con aire? ¿Acaso si me pinchan no sangro? ¿Acaso si me hacen cosquillas no río? ¿Acaso si me envenenan no muero? ¡Oh, dichosos los que procuran el bien ajeno porque ellos alcanzarán el nido del Gran Emplumado, a quien rendimos nuestra humilde pleitesía encorvando la cerviz...! A ver, Eneido, sempiterno pecador, que la joroba no te impida que te humilles ante nuestra deidad... Así, así... Bien, antes de proceder a nuestro riguroso sorteo semanal, unos minutos de publicidad...

*Gorito empieza a mostrar algunos artículos que se hallan sobre una mesa y que forman parte del merchandising de la secta.*

**GORITO.—** Camisetas de pluma de gorrión: las hay en verde, en rojo y también en marrón. Estilizan con asombro tu figura y ocultan tus curvas con toda medida *(Ahora coge un silbato.)* Para sentir de cerca la voz del Emplumado, nada mejor que este silbato dorado: pío, pío, pío, pi; no puedo vivir sin ti *Toca el silbato y todos hacen el gesto emblemático del vuelo del pajarito*). Por último, esto que veis aquí, son del Gran Pájaro excrementos que suavizarán tu estreñimiento. Todas estas novedades os serán ofrecidas a la salida y no puede quedar nada... Ya sabéis que nuestros productos se renuevan cada semana y con su adquisición paliamos la condena de aquellos pío-pajaritos que me han desobedecido y están penando sus faltas en el atelier del gran modisto Afrodi-

sio, el que con la verga hace prodigios... Quiero oídos de nuevo, pío-pajaritos, alegradme la oreja...

*Se oye de nuevo la voz del público que grita: “ESTOY MAL, PERO VOY BIEN: TE TENGO A TI”.*

**GORITO.**— Queridos todos, llega el gran momento del sorteo. Muchos sois los que habéis pagado por participar en nuestra azarosa rifa, pero una sola será la persona zarandeada por la fortuna, que podrá agasajar a vuestro amado faro Gorito invitándole a ingerir los productos más excelsos de nuestra robusta tierra en su casa... Y la persona agraciada es... *(Gira la manivela del pequeño bombo que hay sobre la mesa.)* ...¡Liboria Grelos! Bueno, agraciada..., lo que se dice agraciada... no lo eres mucho, Liboria, porque a fuer de sinceridad tienes que admitir que tu belleza es ilícita, pero tu proverbial habilidad con los fogones hace que la suerte te sonría siempre. Amigos míos, ya es la decimosexta semana que nuestra pío-pajarita Liboria es bendecida con mi persona en su mesa... Y ¿por qué? Porque ella no es una subversiva vegana que reniega de carnes magras, tocinitos, butifarras, chorizos ensortijaos, morcillitas de gazaño... Ella sabe lo que es bueno y, con suma generosidad, lo comparte conmigo... Y por ello, Liboria Grelos se merece vuestra más firme adhesión...

*Todos exclaman: “¡TE QUEREMOS, LIBORIA GRELOS!”.*

**GORITO.**— Queridos míos, antes de dar paso a la confesión pública de vuestras faltas, quiero recordaros también que la próxima semana coronaremos como se merecen a nuestra Miss Avutarda y a nuestro Míster Marabú 2026 que, como bien sabéis, este año ha recaído sobre nuestra bienquista píodoctora Estibalda Rebotillo, entrada en años y en carnes, cuyas guedejas quedarán ceñidas por la augusta diadema real; y también sobre nuestro docto píoarquitecto Menegildo Cucharón, a quien sacaremos por un día de su dorado retiro en la residencia El Nido Postrero para adornar su honrada y pelona cabeza con su correspondiente corona. Ambos adminículos son obra de nuestro pío-diseñador Afrodisio, quien con su cimborrio lo mismo hace coronas que organiza bodorrios. Dichos cetros les serán ceñidos por la única famosa que ha dado al mundo nuestra tierra hasta el momento, la encantadora Quinita Rufa

Fafo, aquí de cuerpo presente. ¡Ay, qué recuerdos! Aún no era yo pupilo de don Aristo, cuando ella ya enseñaba sus pechos en las revistas patrias... ¡No, ahora no, Quinita! ¡Un poco de recato, que hay criaturas! Y bien, ¿a qué esperaréis? Estibalda, Menegildo y Quinita ansían pletóricos vuestro enfebrecido afecto...

*(Todos exclaman: “¡TE QUEREMOS, ESTIBALDA REBOTILLO!”, “TE QUEREMOS, MENEGILDO CUCHARÓN!”, “TE QUEREMOS, QUINITA RUFA FAFO!”.*

**GORITO.**— Ahora sí, nos vamos a centrar en la confesión pública de nuestras faltas. Yo soy el más pecador de todos, pero también el más arrepentido. Y por eso comprendo vuestros yerros y gusto de oírlos... ¿Quién empieza hoy? *(Una persona levanta la mano.)* ¡Sempronia! ¿Higinio? ¡Ay, es verdad! Perdona, pero es que no me hago al cambio. De todas formas, creo que deberías ir acostumbrándote a cambiar la voz, Sempronia, digo Higinio, porque de lo contrario van a pensar que eres mariquita. No sé, prueba a hacer como los tenores de ópera, abre mucho la boca y tuerce el gesto como si estuvieras estreñida. ¡Estreñido, perdón! ¡Qué lío! Mira, llamarte Higinio no me cuesta tanto como hablarte en masculino. No sé, chica, son muchos años de confidencias para que de la noche a la mañana me adapte a un cambio tan radical. ¡Ah, varía también de perfume! Cámbiate a algo más masculino, por ejemplo, “Varón Dandy Parera”, que eso imprime carácter. Y además, tiene envase de litro y sale más rentable. Bueno, bueno, vamos a escuchar a otro, que tú ya tienes lo tuyo... Pero antes demos nuestro cariño a nuestra pío-pajarita... Perdón, a nuestro pío-pajarito...

*Todos corean: “¡TE QUEREMOS, SEMPRONIA”.*

**GORITO.**— ¡No, no, no, no...!

*Todos rectifican: “¡TE QUEREMOS, HIGINIO”.*

**GORITO.**— ¡Bien! Aquí tenemos a nuestro pío-pajarito Úrsulo Melitón, que está deprimido y con razón. A mí, si mi mujer —si la tuviera, que no la tengo porque

soy casado con todos vosotros— si mi mujer, repito, me dice de la noche a la mañana que se mete de payasa en un circo, me doy un atracón de polvo de Cola-Cao. ¡De payasa! Si al menos hubiera sido de domadora de gorrinos berbianos o algo más sofisticado... de tragafacas gineteras... o de lanzadora de botillos.... ¡Animemos todos a nuestro pío-pajarito Úrsulo Melitón!

*Todos gritan: “¡TE QUEREMOS, ÚRSULO MELITÓN!”.*

**GORITO.—** ¡Ah, Evelio! Tú que elevas tu brazo a las alturas... ¡Oh! Veo, que en tu dedo anular luces un bello pedrusco... Es el momento entonces de practicar el desapego. ¡Que cada uno se despoje de lo máspreciado que lleve consigo y lo arroje a este canasto que aquí os paso! ¡Al canasto todo lo baladí, todo lo material! ¿Qué somos? ¿Somos acaso chusma adoradora del becerro del oro? ¡NOOOO! ¡Somos espíritus, somos polvo en el viento, aire en el aire, agua en el agua, moscas en la mierda...! Me conmueve vuestra generosidad. Acercad aquí el canasto y la cesta... (*Gimoteando.*) ¡Oh, con cuánto ardor me hacéis sentir pequeño ante vuestra grandeza de corazón! Vuestro será el Nido del Gran Emplumado... Me vais a perdonar, pero no puedo seguir... (*Coge el cestillo y el canasto con cada mano.*) Necesito depurarme de tanta materialidad, voy a quemar todos estos putejos que me habéis entregado y que manciplan mis manos como antes embrutecieron vuestro espíritu... Disculpad que no pueda realizar el saludo del pajarito, pero tengo las manos ocupadas... Aunque mis oídos precisan de vuestro ardor... Mientras, Úrsulo Melitón recogerá lo obtenido por el *merchandising*... ¡Así te animas un poco, hombre!

*Se oye reiteradamente la voz del público que grita: “ESTOY MAL, PERO VOY BIEN: TE TENGO A TI”. Mientras tanto, Gorito, cargado con los cestos, realiza su mutis con saltitos de pájaro y rostro feliz.*

OSCURO

### SONETOS CONTRA LA GUERRA

José Manuel Pérez González<sup>♦</sup>

#### El verdadero rostro de la guerra

Es la metralla del obús que hiere,  
los abdómenes por el hambre hinchados,  
flores rotas, ruina por todos lados,  
es el hombre que se desangra y muere.

Sea el motivo argüido aquel que fuere,  
no es voluntad divina o por los hados;  
es que mienten y somos estafados,  
use juicio o piedad quien los tuviere.

La madre con el hijo muerto en brazos,  
el hermano que perderá a la hermana,  
la imposibilidad de los abrazos.

Profuso manantial de sangre mana:  
¿Cómo forjar un mundo con retazos  
de la avaricia y estupidez humana?

#### NO a la guerra

La espada no es el brazo de la gloria,  
¿Lo es la bomba que siembra la matanza?  
¿Lo es el misil que el poderoso lanza  
sobre pobres atados a la noria?

No te tiene la belicista euforia,  
no es matando como la historia avanza;  
son ansias de poder y de venganza,  
hay otras guerras, aviva tu memoria.

Si los locos nos meten en la guerra,  
mira Ucrania, el genocidio en Gaza, una  
vez más la destrucción sobre la tierra.

Contra la sangre y muerte, la fortuna  
de vivir. Grita fuerte: "NO a la guerra".  
No hay, en aplastar al débil, gloria alguna.



---

<sup>♦</sup> José Manuel Pérez González ha sido profesor de instituto cuarenta años. Ha publicado unos 800 artículos de temas educativos, algunos de los cuales están recogidos en *Empezar con mal pie* (2023) y *Acabar de mala manera* (2024). Ha publicado ocho libros de poesía, reunidos en "*Obra poética (1969-2006)*". Tiene varios poemarios inéditos, esperando ser publicados.

**Pido permiso, señoras**

Miguel Sarmiento de Francisco♦

Valdemoro 8 de marzo de 2026



Pido permiso, señoras,  
perdonar mi atrevimiento,  
para contarles un cuento,  
de la mujer trabajadora.  
La recuerdo con pañuelo,  
en la delantera un mandil,  
sometida al marido  
y fingiendo ser feliz.  
En la casa, en el campo, faenaba,  
cansada se dio cuenta  
que la sociedad no avanzaba  
si era solo criada,  
en vez de motor y cruzada  
de la lucha organizada.  
Hay que comenzar por una misma  
a amarse, a confiar, a crecer,  
formándose para defender  
en lo que has de creer.  
La lucha está en tú fuerza,  
defendiendo con el corazón  
lo que manda la razón,  
convencidas y con firmeza.  
Lo primero es la formación,  
luego, la determinación  
de unidad frente al machismo.  
-Ni un paso atrás-  
Aunque vituperen el feminismo.  
Una sociedad de oligarcas  
es una cárcel para las ideas,  
todos quieren ser monarcas

---

♦ **Miguel Sarmiento de Francisco** (Mata del Páramo, León) es autor del cuento infantil *Papallona bonita*, del libro de poesía *Versos de un hombre enamorado* y de la novela *El silencio de la lluvia*.

con esbirros en las aceras.  
La mujer ha de saber  
que trabajar es un deber  
y a la sociedad beneficia.  
Conciencia de clase,  
has de tener.  
Ya Carlos Marx lo decía,  
Mujeres Unidas,  
jamás seréis vencidas.

De una gran mujer os quiero hablar,  
Doña Emilia Pardo Bazán,  
pudiendo ser patrona florero  
se quitó el sombrero  
y se bajó del pedestal,  
a los hombres se enfrentó,  
no se amedrentó  
y los trató de igual a igual.  
No la hicieron académica,  
pero retrató con verdad  
que el analfabetismo, en la mujer  
era pecado mortal.  
Tuvo dos hijas y un hijo,  
de esposo, un opresor convencido.  
Se separó de su marido,  
tuvo amantes, tuvo queridos,  
fue libre, retrató con pasión  
de la mujer la opresión.

En su libro: "La Tribuna" lo podéis leer.  
Una cigarrera defendiendo  
la dignidad de la mujer,  
un salario justo, teniendo el valor  
de luchar contra el patrón,  
sin temor a la represión.  
Nada es fácil, las primeras  
ondearon el pendón,  
para conseguir lo que hoy  
hay que fortalecer.  
Y hago especial mención  
A su cuento "El Indulto":  
Un marido opresor  
a la cárcel mandó  
después de haberla herido.  
No hay ley, no hay castigo,  
para el zángano chupón,  
antes de un año en libertad quedó.  
En venganza...  
un cuchillo a la esposa clavó  
y sangre, de la mujer no salió.  
Ya está bien señoras,  
aunque la copla se puede alargar  
ya es tiempo  
de ponerse a actuar.

## LA NIEBLA

Juaco<sup>^</sup>



La niebla es bonita,  
sugerente.

Tamiza los olivos, los airones,  
la hierba, la pradera con sus flores.  
Resulta extraño que mientras caen las hojas  
florezcan en el campo pequeñas plantas.

Resulta extraño que la niebla  
que es capaz de ensalzar en los corazones,  
los sentimientos más afectuosos y apacibles,  
sea la culpable, cuando se cierne sobre el alma,  
de nublar la vista, la razón.  
Sea la culpable de encender la llama de la destrucción,  
llama de oscuridad, de corazones sangrantes de odio.

Caerán las hojas sobre las flores  
flores que serán pisadas sin preocupación,  
nadie las verá, nadie las sentirá.

¿Y cuándo no haya flores? ¿Qué oleremos?  
¿Y cuándo dejemos de verlas? ¿Qué amaremos?  
¿Y cuándo dejemos de amar? ¿Cómo viviremos?  
¿Viviremos?

---

<sup>^</sup> **Joaquín Miñarro** es un artista plástico, poeta y escritor.

### UNA MONTANYA —E TRES U CUATRE RÍOS

Carlos Diest Sánchez\*

*No amo mi patria.  
Su fulgor abstracto  
es inasible.*

“Alta traición”. José Emilio Pacheco

#### NO AMO A MÍA PATRIA

Escribo dende una ciudat viella  
d’o norte —talment d’o sur, dependendo  
d’a tuya latitut mientras me leyes—,  
una ciudat mielsuda e aspra; fiera  
seguntas a opinión mayoritaria  
de vecins, visitants e diferents  
autoridaz. No siempre vivié aquí.  
No siempre veyé estas uembras que a luz  
improvisa en carreras e memorias,  
—esta ausencia que o cierz arrocega  
e trasfulla en parabras e silencios—.  
No la trobé a faltar en a distancia.  
Yo no feba part d’a suya arquitectura  
de veranos salvaches e aleraus  
hibiernos —a primavera e l’agüerro  
no existen en este racón d’o mundo—.  
E manimenos, siempre he acabau  
tornando ta este urdimen d’alma e viento,  
de pardiscos tozals e planas amplas;  
este estranio forcallo de tres ríos  
en metat d’o desierto. Aquí vivo  
—agora ya pa cutio— e escribo  
sobre tierras e chents que tasament  
arribé a esborrallar ta part d’allí  
cuan besaba atos cielos e deseyos.

---

\* **Carlos Diest** empezó a publicar en la colección *Drume Negrita* de Zaragoza a finales de los años 80 del siglo pasado. Tuvo también un grupo de rock con sus hermanos. Escribe siempre en aragonés aunque a menudo se autotraduce al español.

## NO AMO MI PATRIA

*Escribo desde una ciudad vieja  
del norte —tal vez del sur, dependiendo  
de tu latitud mientras me lees—,  
una ciudad calmosa y áspera; fea  
según la opinión mayoritaria  
de vecinos, visitantes y diferentes  
autoridades. No siempre viví aquí.  
No siempre vi estas sombras que la luz  
improvisa en calles y memorias,  
—esta ausencia que el cierzo arrastra  
y desordena en palabras y silencios—.  
No la eché de menos en la distancia.  
Yo no formaba parte de su arquitectura  
de veranos salvajes y asolados  
inviernos —la primavera y el otoño  
no existen en este rincón del mundo—.  
Y sin embargo, siempre he acabado  
regresando a esta urdimbre de alma y viento,  
de cerros parduscos y amplios llanos;  
esta extraña confluencia de tres ríos  
en mitad del desierto. Aquí vivo  
—ahora ya para siempre— y escribo  
sobre tierras y gentes que apenas  
llegué a bosquejar allá lejos  
cuando besaba otros cielos y deseos.*





## A SUYA FULGOR ABSTRACTA

No ceprenes. No creigas ixas voces  
que parlan e resonan  
en a tuya memoria; son mentira.  
No yéranos nusatros  
os que ternes buscaban infartables  
a desaprebación d'os suyos pais.  
No logremos garra vez encanزار  
a tempesta, brandiar os nuestros nombres,  
alerar-nos, ordenar as enrueñas.  
No t'enganyes, no suenies con recuerdos  
que no fuen. Mira-te arredol, lo veyes?  
A nuestra choventut no existió nunca.

## SU FULGOR ABSTRACTO

*No insistas. No creas esas voces  
que hablan y resuenan  
en tu memoria; son mentira.  
No éramos nosotros  
los que obstinados buscaban insaciables  
la desaprobación de sus padres.  
Jamás logramos alcanzar  
la tempestad, incendiar nuestros nombres,  
devastarnos; ordenar los escombros.  
No te engañes, no sueñes con recuerdos  
que no fueron. Mira alrededor, ¿lo ves?  
Nuestra juventud no existió nunca.*



## YE INANSIBLE

Son chiquetas e pocas, pero aduben.  
Son as nuestras parabras. Las amamos.  
Nombran totas as cosas,  
as que fuen, as que son, as que serán.  
Yo aprendo a suya voz. A moniquet  
las veigo crear o mundo, nuevo e viello  
en un momento. Sé  
que dimpués, con a mesma  
mesura, con o mesmo implaz,  
lo destruirán tot. Pero agora,  
existo. E creigo. E ixo ye prou.

## *ES INASIBLE*

*Son pequeñas y pocas, pero suficientes.  
Son nuestras palabras. Las amamos.  
Nombran todas las cosas,  
las que fueron, las que son, las que serán.  
Yo aprendo su voz. Lentamente  
las veo crear el mundo, nuevo y viejo  
en un momento. Sé  
que luego, con la misma  
mesura, con el mismo agrado,  
lo destruirán todo. Pero ahora,  
existo. Y creo. Y eso basta.*

### CAMINOS BAJO LA VÍA LÁCTEA

Tina de Luis♦

Hoy transito esta vereda que recorrimos tú y yo,  
paso con paso, ilusión con ilusión.  
Entre miradas sedientas, un anochecer de antaño,  
se fusionaron dos almas, dos cuerpos, dos caminos...,  
el nuestro y el de Santiago.  
La noche llegó serena, con su mantón ceniciento.  
En un rincón escondido improvisamos un lecho,  
iluminado por rutilantes estrellas y nuestros ojos de fuego.  
Danzaban nuestras pupilas, buscando en el firmamento,  
con afán, con entusiasmo, las deambulantes perseidas.  
Ellas cruzaban con prisa. Dos corazones, tras ellas,  
ansiosos solicitaban sus más profundos deseos.  
Escucharnos no pudieron. O no quisieron, tal vez.  
En vano les suplicamos. Raudas y esquivas, se fueron.  
Y un día... te marchaste tú también.

Hoy he vuelto a este lugar, donde habitan mis recuerdos.  
Intuyo, aún palpitantes, las huellas de nuestros cuerpos  
sobre el verdor chamuscado por el látigo del tiempo.  
Me recuesto sobre ellas, con los brazos extendidos,  
para cubrirlas enteras.  
Las recorro y acaricio, las ocupo, las embebo.  
Contemplo el techo argentado con nostalgia.  
El titilar de mis ojos vacila como una vela de exvoto  
lánguida y entumecida.  
He soñado sin sosiego repetir aquellas sendas:  
la de Santiago y la nuestra.  
Por fin retorno, dichosa, a la captura de un sueño.  
Las lágrimas de San Lorenzo, cual reflejo de las mías,  
atraviesan y se escurren por las orillas del cielo.  
Puede que algún meteoro esta vez oiga mi súplica:  
«¡Devolvédmelo!».  
Dos veces culminaré el Camino de Santiago.  
Queda pendiente el de ambos y ese rincón compartido.  
Yo seguiré rastreando su estela desvanecida.  
No me detendrá el recelo, ni el desánimo.  
La marcha debe seguir. Constante.  
A mirar siempre adelante el camino me ha enseñado.



---

♦ **Tina de Luis** ha compaginado la enseñanza con su pasión por la escritura. Además de colaborar con poemas, cuentos y relatos en diversas páginas y publicaciones, tiene editadas diez novelas: infantiles, juveniles y para adultos.

### ARRITMIAS

David Botella<sup>^</sup>



La doctora, que está en el corazón del paciente,  
marca el paso de una relación de sobresaltos.  
Coronarios pálpitos y pupilas de amanecer,  
diagnostican la desazón de un músculo sobrepasado.  
La escalada de calendario hasta el quicio de la puerta  
lo deja en la cornisa de los flojos,  
en una arista de transpiración y agotamiento  
difícil de sortear.  
Nada parece ir bien.  
Verla en funciones lo desbarata.  
Las caricias endoscópicas,  
despiertan pasiones insondables  
que reducen a fracaso todos los controles.  
La doctora,  
que desentraña el corazón del paciente,  
receta con premura una terapia de choque;  
de común acuerdo, detener las arritmias  
tres veces por semana,  
en los “findes”,  
y en las guardias.

---

<sup>^</sup> David Botella - Miembro fundador de la editorial Drume negra.

### El caballero esmeralda

Rafael Yuste Oliete<sup>♦</sup>



El caballero esmeralda yacía inerte sobre la roca que era ya su catafalco. El encinar, alrededor, sagrado: túmulo y mausoleo. Nadie supo nunca de su valor, de su virtud en vida. ¿Quién cantará ahora sus glorias pasadas? Como cuando avistó las huestes del lobo orinante a los pies de su atalaya y se mantuvo encumbrado en la caliza. O como cuando presenció, estoico y aplomado, la parada del ciervo de andar divino, en majestad entre los suyos. O como cuando burló la mirada indescifrable de la sierpe, el dragón de su oficio y de sus días. Ay, los viejos días. Ejemplo rutinario de firmeza, disciplina y cautela, se transformó en fulgor cardenillo cuando el amor llamó a su puerta. Ay, pasión tornasolada, zumbido de élitros. Qué no podría contaros..., que era un *Protaetia aeruginosa* cualquiera, un escarabajo verdiazulado, como metálico, iridiscente, precioso. Pero a quién no le sucede que te cruzas con el predador, el divo y la bicha, que te entregas día a día, que sientes la llamada y te enamoras, y apuestas, y mueres en un bosque de sagradas intenciones.

---

<sup>♦</sup> **Rafael Yuste Oliete** (Zaragoza, 1968) es autor de los libros de poemas *Trilogía de historia natural* (2001), *Solo cuerpo* (2023) y *Las aventuras de Juan Lázaro* (2020), y del álbum ilustrado *Silván y los árboles parlantes* (2020), además de haber publicado algunos de sus poemas y relatos en obras colectivas o publicaciones periódicas, como *La revista de Valdemoro*. Desde 2016, es el responsable editorial de Prames.

**MARTES DE CARNAVAL**

Manuel Hernández Andrés♦



♦ **Manuel Hernández Andrés**, licenciado en Filología Inglesa por la UNED, ejerce de profesor de inglés en las escuelas oficiales de Madrid. Escritor y lector, ha publicado relatos en algunas revistas literarias y antologías especializadas en el cuento contemporáneo.

Alcalá Meco, 17 de febrero de 2026

¿Cómo está, madre? Por fin le escribo y aunque hace más de un año que no lo hago sé que no me lo va a tener en cuenta. Una madre, como usted siempre dijo, perdona y jamás guarda rencor. Clara le manda recuerdos. Tendría que ver lo guapa que está. Con tan solo siete primaveras ya es toda una mujercita. Le gusta mucho dibujar y lo hace muy bien. Tendría que ver la Cibeles que ha hecho, ¡ni Goya! Me da pena pensar que se vean tan poco y tengo miedo de que algún día se vaya a olvidar de usted. Pero no nos pongamos tristes ahora, madre, que es Carnaval.

Por aquí las cosas siguen más o menos igual. La única novedad es que hace un frío tremendo. Anoche llegábamos a ocho bajo cero. ¡Figúrese el bris que corre! Te asomas a la calle y el aquilón sopla como si trajese a revueltas pequeños cuchillos carniceros. Es un aire de estos que te lacera el rostro con saña y se ceba con los labios dejándolos como cartón viejo. Últimamente, de todas formas, apenas piso la calle. Es como si no acabara de ubicarme, tengo la sensación de no pertenecer e inclusive percibo que me miran mal. ¿Me estaré volviendo un paranoico...? Mis días pasan del trabajo a casa y de casa al trabajo, como quien dice, y no hago mucho más. Lo que peor llevo es lo de la piel. Con la calefacción siempre puesta a todo gas se me seca una barbaridad. Especialmente este año, la soriasis anda ajetreteada y se está encarnizando conmigo. No sé si es que estoy más inquieto por algo, algo que desconozco, o qué, pero la cosa es que no dejo de ponerme crema a todas horas y en cuanto se pasa el efecto hidratante, me rasco y me rasco, como un leproso, hasta que los rosáceos muslos se trocan carne viva. Parezco un pupas.

Le hablo del trabajo... No me puedo quejar, esa es la verdad. Conducir el taxi me da para comer, que no es poco en las presentes circunstancias en que me veo, y aún me sobra para engatusar con algún detalle a Clara cuando estamos juntos. Su madre me dice que la malcrío, que la envicio, y no quiere que le compre nada. Me amenaza con que no me va a abrir la puerta. Yo ya no me amedranaba como antes, madre, cuando apenas sabía lo que era la vida y todo Madrid me quedaba grande, inabarcable, como una yubada de azafrán de dos años que tuviera que recoger yo solo el día de la florada. He estado leyendo

mucho, ¿sabe?, y voy a clases de adultos por las noches. Así que ahora, cuando me suelta alguna fresca sobre la adecuada crianza de la niña, yo le suelto otra. Le digo que yo tengo mis derechos, que el juez estableció claramente los horarios de visita y que puedo ir a verla cuando me dé la gana. Puede sentirse orgullosa de su hijo, madre. Aquí me halla batallando por lo que es mío.

No se imagina la pena que me ha dado la noticia de que cierran la azucare-ra. ¿No le resulta curioso que me traigan tantos recuerdos aquellos días? A mí me lo parece. ¿Se acuerda, ¡cómo no se va a acordar!, de cuando el padre le puso barandillas nuevas al remolque para que cupiese algún kilo de remolacha de más? Y cómo le echaba paletadas de tierra a revueltas para que el neto de la pesada fuese mayor. Estaba como obsesionado, arañando siempre de aquí y de allá lo que podía, ciego de avaricia y vanidad a carta cabal. Cuántas bron-cas nos llevamos, sobre todo usted, por no tapar los montones con los culos para que no se helase la remolacha por la noche, ¡no fuera que perdiese peso! Nunca congenié con él... ¿De qué, pensaríamos, habrían de servirnos las pan-zadas de escular remolacha que nos pegamos? Ahora lo comprendo; ahora que los años van pasando y dejan sobre uno las pertinentes secuelas de la in-volución se ve todo más claro, aunque duela: a usted se le consumieron los huesos y a mí la sangre se me envenenó. Recuerdo como si todavía sintiese su peso inmenso en los antebrazos que había remolachas tan gordas que no podía con ellas, pero aun así, sin poder, yo así con mano firme la corbella, apretaba los dientes y me echaba encima de ellas con rabia, sin descanso, hasta conseguir cercenarles el cuello. Que no tuviera excusas, que no me pu-diera reprocharme nunca nada, que no pensara que su hijo no tenía lo que ha-bía que tener: esas eran las pequeñas victorias que iba atesorando mi tierno ego adolescente. ¡Miserias, todo miserias; a las pruebas me remito! Bien pun-zante recibo ahora el dolor de manos y riñones que íbamos acumulando a lo largo de la jornada. Más punzante todavía, ¡cómo olvidarla!, su mirada de des-precio, ese desprecio como si fuéramos haraganes y nos hubiésemos estado tocando los cojones todo el día. Y junto al desprecio, el olor agrio y repulsivo que desprendía siempre su cuerpo, el tufo a desaseo que se le pegaba a la

ropa de esparcirles la pulpa de la remolacha a las ovejas en el angosto corral reblandecido por los orines y las heces.

Gracias que siempre estaba usted para calmar los ánimos con la comida. Qué sabrosos estaban aquellos tomates verdes, macerados en vinagre y sal, que traía para acompañar el troncho de longaniza entre el pan. Esas memorias aquí, las buenas, me hacen mucha compañía, madre. Lo que me río yo solo, en la intimidad de mi cuarto, con las historias que contaba junto a la hoguera. Me acuerdo sobre todo de lo del giro, mire usted por dónde: de aquel hijo que se había ido al extranjero y le reiteraba a su madre que le mandaba un giro postal. Al final el giro acababa siendo sin remedio de cabeza, ¡pobre diablo, qué tesoros soñaría encontrar en tierras extrañas...! Yo le mandaría dinero, madre, eso bien lo sabe, pero aquí, aunque no pasamos hambre, Clara me exige mucho. Le tengo que pasar todos los meses un buen pellizco del jornal a su madre, ¡y a saber dónde se lo gasta esa zorra!, y luego, encima, va diciendo, porque no se lo calla, ¡la víbora!, que soy un mal padre. ¿Y por qué he de ser necesariamente un mal padre? ¿Qué mal infligí? ¿Es acaso el amor filial un crimen? ¿Dónde está el delito cuando un padre quiere a su hija? ¡Será ella mejor madre pues...!

¿Tendría que tragarme mi orgullo, reconocer que no le faltaba razón al padre cuando decía que las de la capital no habrían de traerme sino abundantes mortificaciones, que mejor hubiese estado en el pueblo, casado con una del terreno, una hembra simple y dócil que se dejara atar corto? ¿Usted de qué parte estaba? No es que le reproche nada, madre, pero me duele que nunca me diese el beneplácito, o ni siquiera la bendición, como haría cualquier madre, cuando decidí que me marchaba a Madrid. Usted siempre tan callada. Quizás también pensó que me iba a verlas venir, que no pintaba nada tan lejos, como decía el del olor a agrio, y que pronto habría de volver al terruño con la pata quebrada, las orejas gachas y el rabo entre las piernas. ¿Y qué hubiese sacado con quedarme? ¿Cuánto más íbamos a sacar de aquella mísera paridera que se inundaba cada vez que había tronada? Sé que a Félix, a Joaquín y a otros chavales de mi edad les ha ido bien y ahora tienen buenos tractores, granjas de cochinos y fincas grandes y ya no tienen que agachar el lomo como cuando éramos jóvenes, cuando cualquier faena se hacía a samuga. Me alegro por

ellos, pero no piense que les envidio nada. Usted sabe perfectamente por qué me fui. Quedarme hubiese sido enterrarme en vida, hipotecar mis días en un perpetuo infierno. No cale hablar más.

Echo mucho de menos verla a usted, eso sí, y también, aunque suene paradójico, a la torre de la iglesia. La vista desde la ventana de mi cuarto no es gran cosa: un tumulto austero y frío de cemento y alambrada. Hay otras torres, otros edificios de bloque y hierros como el mío, todos cortados con la misma tijera, moles sin atractivo ni personalidad, muros repletos de ojos acechantes y anhelantes brazos que no hacen sino arrebatarse el aire y no dejar ni que se me acerque el sol. A veces pienso que esto no es más que una colmena y uno, un insignificante insecto al que le dejan salir fuera con la ilusión de campar un rato, pero en seguida te reclama pleitesía la reina, teniendo que volver a la oscura celda, a seguir con la producción de miel.

Mire que hubo una despedida definitiva, mire que, cuando el autobús de línea me escupía sin remedio fuera del linde del pueblo, me hice la firme promesa de no volver a pisar sus calles. Cumplí la promesa. Incluso cuando, dos meses después, le dio la apoplejía al padre que le privó, ¡curiosamente a él que tanto ordeno y mando había dictado!, del habla no aparecí por ahí. Me doy cuenta ahora, sin embargo, de que hay ciertas cosas que no se pueden dejar atrás. Por más que se ponga tierra de por medio, por más que se rehúyan los hechos, los viejos fantasmas resurgen siempre por los intersticios de nuestra memoria en el momento que uno menos se lo espera. ¿Todavía sigue decrepito el tejado de tejas enmohecidas y surcos ciegos de palomina o ya lo han arreglado los curas? Muchas noches, en mi soledad, oigo que doblan las campanas de la torre a lo lejos. Quiero imaginarme que son los mozos, en el bandedo de las fiestas, gozando de la voluptuosidad que produce romper el silencio cuando uno es joven y está lleno de vida; mas nunca son ellos. Es la inquietante calma noctámbula, esa calma que acompaña a la oscuridad llegado el instante en que todos yacen. Y de repente suena el primer tañido argentino, ¡tang!, helado y sordo, como cuando tocan a muerto, y enseguida suena otro, ¡tang!, y otro más, ¡tang!. A veces se están así, quebrantando la quietud de la noche, hasta bien entrada la madrugada. En esos momentos es inútil cerrar los ojos. Por más que se trate de conciliar el sueño, el desasosiego invade el cuer-

po, lo abruma a uno... pensando que tocan por él. ¡Cómo echo en falta entonces a Clara! Sentir ese calor que desprende el cuerpecillo de la niña, las caricias de la carne pueril, los arrullos, la cercanía que consigue calmarle la pesadilla a ella y que su calma segregue el dulce beleño que me ayude a descansar a mí. Mucho sufre el que está solo y no puede ver a los suyos.

¿Ha hecho hojuelas, madre? Que la falta de compañía no le impida darse un homenaje de vez en cuando. Hágalas para usted sola si es menester y luego las acompaña con un buen chocolate o con mistela, lo que más le apetezca. Sin ser lo mismo, sepa que aquí también lo celebramos a nuestra manera: yo me abro una botella de vino de la tierra, unas veces de Cariñena, otras de Calatayud, quemo el corcho con un mechero y me enjorguino un bigote y unas patillas exageradas de bandolero. Clara también me pide que le pinte un antifaz con alas de mariposa migratoria y las orejas puntiagudas como a un gato. Aún a sabiendas de que quizás no debería, de que está mal, yo a mi niña le complazco sus deseos y luego, si se atreve, que me lo eche en cara su madre. Aquí la espero, blandiendo un tizón bien rusiente para arrimarle candela.

¡Qué mañanas, las mañanas del Martes de Carnaval! No había moza ni casada que se nos escapase. Todo el mundo acababa embadurnado de azulete hasta las orejas. “No, Pedro, no. No me manches que voy al médico”, me rogó una de aquellas mañanas Emilia, la de la tienda. Dudabas un poco por el respeto que exige el blanco, pero en que se lanzaba el primero, ¡zas!, ya le caían zarpas mugrientas de azulete a porrillo y acababa la pobre con la cara y el vestido más añilados que un pitufo... Está bien que se sigan celebrando estas cosas, madre. Lo que es tradición no se debería perder nunca. Por eso un año quiero llevar a la niña, para que sepa de dónde viene su padre, qué cosas hacía de crío o a qué se dedicaban sus abuelos. Yo ya no escondo el proceder de un pueblo. “Mi padre fue pastor de ovejas”, digo si hace falta, “y mi madre se dedicaba a sus labores”. A lo primero de estar por Madrid me avergonzaba; por no ser menos que nadie, ocultaba quién era y, si me preguntaban que de dónde era, aparentaba ser oriundo de Calamocha, de Daroca o de Molina, de cualquier pueblo mucho más grande que el nuestro. Dependiendo del grupo con el que estaba, el padre había sido de todo: desde contratista, hasta encargado de la azucarera, pasando por ingeniero agrónomo, practicante o forestal; y usted

una gran señora. ¡Qué ironía! De qué sirve encubrir las raíces de uno sino para enrunar a piedras el propio tejado.

A Clara nunca le he mentado, ¡que me caiga muerto ahora mismo si no es verdad! A su madre alguna que otra vez y no crea que me arrepiento. Mientras estuvimos juntos, e incluso ahora, siempre la respeté. Jamás me metí en si gastaba mucho o poco, en si entraba o salía, o en cómo organizaba la casa. No me emborrachaba, ni le pegaba, ni le fui infiel. Tampoco es que fuese un marido ejemplar, pues todos adolecemos de vicios y debilidades. ¿Y acaso tenía que serlo? ¿Es eso lo que esperaba de mí? ¿Que ganase aún más con el taxi, que tuviese licencia propia y operarios a mi cargo? No creo. Ya sabemos, madre, que aunque madrileña y capitalina, la chica provenía de clase humilde, una plebeya más de medio pelo como usted o como yo... Y si no era eso entonces, me pregunto muchas veces, ¿por qué tuvo que ir sembrando cizaña por ahí, jurando en falso y poniendo a todos en mi contra? Todo lo que clama que le hice a la niña es mentira, puras patrañas, madre. Créame usted... ¿Cómo podría ser un padre deshonesto con su hija? ¿Cómo dañar lo que más se ama, lastimar lo querido, mancillar la inocencia? ¡Yo no soy ningún monstruo, madre! Solo quise estar con ella, retenerla cerca. Sin Clara, sin su compañía, la vida era un erial. ¿De qué me servía?

Ya me despido pues, madre. En cuanto encuentre un rato libre para escribirle no dude que lo haré. Quizás me excedí un poco. Quizás también lo que le cuento arriba no sea todo lo agradable, todo lo bueno o todo lo cierto, que quisiera. Perdone si le amargué el Martes de Carnaval. Échele abundante miel a las hojuelas y aquí paz y allá gloria. Sepa que he decidido dejarlo todo. Irme. Irme para largo. Por aquí la soga aprieta cada día más. Asimismo noto que me quieren mal y, como ya le he dicho, mucho padezco por estar solo y no poder gozar de los míos. Bueno, madre, ya la dejo. Hoy he de estar con usted en el paraíso. Descanse en paz.

Con cariño,

Su hijo Pedro

PD: No me guarde rencor, madre. Yo no podría salvarme a mí mismo.

### EL COMA

Francisco José Segovia Ramos\*



Thomas Landis no falleció en el terrible accidente de tráfico que acabó con la vida del resto de pasajeros del autobús. Cuando despertó del coma, dos meses después, deseó estar muerto, y no vivir en un cuerpo paralizado completamente. No podía moverse, ni hablar siquiera, y solo se expresaba con su mirada desesperada, a la que nadie prestaba interés. Si hubiera podido clamar una muerte rápida lo hubiera hecho enseguida, pero a su alrededor todo el mundo se empeñaba en mantenerle con vida, aunque fuera como la de un vegetal; sin sentido, sin un fin concreto.

Así, a lo largo de los meses siguientes, Thomas fue acumulando odio en su cuerpo exánime. Su mente, que permanecía lúcida y más activa que nunca, pergeñaba mil planes para acabar con la enfermera, o con el asistente, y también con los médicos, y con los familiares que venían a verle cada vez más espaciadamente. Todos se habían convertido en sus enemigos, y todos le merecían el peor de los destinos.

Justo cuando se cumplió un año de su accidente, el doctor Bernard Hardy, que le atendía, falleció en su casa en un extraño accidente cuando se electrocutó en la bañera al caer en ella la radio que escuchaba, y que estaba conectada a la corriente eléctrica. Días después, una enfermera y un asistente morirían en el mismo hospital, al precipitarse por el hueco de las escaleras desde un quinto piso... Hubo varias muertes más, todas de personas relacionadas con el paciente Thomas Landis que, sin embargo, no podía ser acusado de nada porque seguía inmovilizado en su cama del hospital. Sin embargo, Laura Schutz, médica responsable de Thomas, lo acusó públicamente de ser el asesino de todas esas personas, aunque no pudo explicar cómo lo había hecho. Desesperada, una noche que estaba de guardia llegó hasta la habitación de él y le asestó varias puñaladas que acabaron con su vida.

Una vez muerto, Thomas Landis se sintió feliz: tras su venganza había consumado su deseo: que alguien diera fin a su existencia...

---

\* **Francisco J. Segovia Ramos** (Granada, 1962) ha ganado diferentes premios literarios en poesía, novela y relato. Hasta la fecha, su obra abarca varias novelas, libros de relatos y poemarios publicados. Su prosa abarca multitud de géneros, entre los que destaca el terror, la ciencia ficción, la fantasía y la novela histórica.

### EL VALLE DE LA BRAÑEDA<sup>♦</sup>

Manuel Pozo Gómez<sup>^</sup>



La residencia de mayores del valle de la Brañeda estaba situada en una ladera que extendía sus prados hasta un lago de aguas tranquilas y transparentes, un entorno idílico para pasar los últimos años de la vida si no hubiera sido porque el director era un déspota al que todos obedecían con temor. Hasta que llegó Agustina.

Fue el miedo a la soledad lo que llevó a Agustina hasta su nuevo hogar. Se casó muy joven y no tuvo hijos. Cuando su marido murió ella tendría cerca de 80 años y pensó que La Brañeda, el valle que la vio nacer, sería un buen destino, un buen último destino. Agustina guardaba gran parte del carácter y la energía de la juventud, que en muchas ocasiones de su vida había empleado en luchas sindicales, así que cuando llegó a la residencia empezó a discutir las normas existentes. Las visitas solo estaban autorizadas hasta las seis y media. La cena se servía a las siete, y a partir de ese momento ya no se permitía ver la televisión, ni siquiera en las habitaciones. La misa era obligatoria los domingos y fiestas de guardar, en la cafetería solo se podía pagar con tarjeta de crédito, para controlar mejor el gasto, decían, y para salir de la residencia, aunque fuera simplemente a pasear, era preciso solicitar un permiso especial al menos 48 horas antes.

---

<sup>♦</sup> Relato finalista en el XXI CERTAMEN DE RELATO *Dónde está la Navidad, 2026*, convocado por la Asociación de Mujeres Escritoras e Ilustradoras.

<sup>^</sup> **Manuel Pozo Gómez**, autor del libro de relatos *Violeta sabe a café* (Premium editorial) y coautor, entre otros, de los libros *Madrid Sky* (Uno Editorial), *Cuéntame un gol, cuentos de fútbol* (Verbum editorial) y *Magerit. Relatos de una ciudad futura* (Verbum editorial). También es coordinador y coautor de la trilogía *RRelatos HHumanos*, *RRetratos HHumanos* y *RRetos HHumanos*, publicados con la editorial Kollima. Su último libro colaborativo ha sido publicado en 2024 con el título *El lado opaco del espejo*.

Y a Agustina todas esas normas le ponían de muy mala leche.

En la hora del café planteó a sus compañeros que el tiempo de las visitas podría ampliarse, ya que muchos familiares salían tarde de trabajar y apenas podían pasar tiempo con sus seres queridos; que se pudiera pagar con dinero en efectivo en la cafetería, porque la mayoría no se apañaba con las tarjetas de crédito y las nuevas tecnologías; que dejaran ver la tele después de cenar para que la noche no se hiciese tan larga, y que se pudiera salir a dar un paseo por las orillas del lago sin necesidad de solicitar un permiso dos días antes... pero el director se mantenía inalterable y los ancianos vivían demasiado atemorizados para sumarse a las peticiones de Agustina.

Hasta que alguien donó a la residencia una televisión de pantalla gigante. La tele era tan grande que se veía desde cualquier rincón. La definición era perfecta, los programas del corazón se hacían más divertidos, el sonido era envolvente, se oía desde todos sitios como si uno estuviera pegado al televisor y muchos audífonos fueron devueltos a los cajones de las mesillas de noche.

Con la ilusión de la tele nueva y las reivindicaciones constantes de Agustina, la vida en la residencia empezó a cambiar poco a poco. Muchos residentes veían la televisión después de cenar, otros comenzaron a faltar a la misa de los domingos porque se quedaban viendo las carreras de motos y la mayoría hizo huelga indefinida en la cafetería hasta que les permitiesen pagar con sus monedas. Sin embargo, el director cortó de raíz aquellos desmanes, restableció el orden y se marchó de vacaciones el día 20 de diciembre: “Y en Nochebuena se cenará como siempre, a las siete, y después todos a la cama”, dijo con su voz aflautada antes de irse.

Pero no era consciente de los reaños que tenía Agustina, que al día siguiente comenzó a organizar equipos de trabajo: Unos cuantos empezaron a desmontar la residencia, otros a meter los enseres en cajas y un último grupo más numeroso se encargó de plegar el lago por sus cuatro esquinas. Cuando terminaron se trasladaron al valle vecino, más árido que el suyo, pero que ganó en belleza cuando el mismo día 24 por la tarde desplegaron el lago y lo colocaron a los pies de la residencia.

Ya solo faltaba desembalar la última caja, la que contenía la televisión gigante. La instalaron al fondo del salón, comprobaron que funcionaba, aplaudieron todos con entusiasmo, cenaron con libertad a la hora que les dio la gana y después se pusieron a ver el programa especial de Rafael de todas las Navidades.

Dicen los habitantes de La Brañeda que, desde ese día, cada Nochebuena aparece la figura del director deambulando, solitario, en mitad del cerro descarnado que existe donde estaba antes la residencia, mientras que los ancianos caminan felices con sus familiares junto al lago del valle vecino.

EL VIENTO ENTRE LOS ÁRBOLES

Elena Belmonte<sup>^</sup>



---

<sup>^</sup> Elena Belmonte es escritora y profesora de técnicas narrativas.

Aquí la gente no para de parlotear. Parlotean debajo de los cipreses y sentados en el filo de las lápidas. Y por la noche con esas fiestas que hacen que, cada dos por tres están haciendo fiestas.

Vienen a mi mausoleo y llaman a la puerta y me preguntan por qué no voy con ellos. *Porque me encuentro cansado*, les digo, y todo porque soy educado y no me parece correcto escupirles que me dejen en paz de una maldita vez.

Si alguien pensó que esto de estar muerto equivalía a la paz eterna, ya les digo yo que no, que es una mentira podrida y que el más allá es un incesante ir y venir. Ya quisieran los vivos tener tanta marcha como los muertos, que parecen jubilados apuntándose a excursiones a Benidorm.

A mí esta gente no me cae bien. No me gusta la gente que parlotea tanto. La gente tan frívola. La muerte, al menos, debería servirnos para profundizar un poco.

La condesa que está enterrada ahí enfrente sé que habla pestes de mí. Dice que soy un estirado de mierda. Que me gustaría ser lord Byron y tomar el té a las cinco de la tarde. Pues sí, me gustaría ser lord Byron, ¿por qué no? Lo peor es que solo puedo hablar de libros con la condesa; es la única que ha leído algo en este maldito lugar. Así que no tengo más remedio que perdonar sus estupideces y sus malicias.

Hay tanto parloteo que hasta los gusanos lo hacen. No callan en todo el día. La otra tarde escuché a uno de ellos decir *es un coñazo el tío ese*. Sé que se referían a mí. Es fácil hablar mal de una persona después de habérselo comido entero. Están gordos gracias a mí porque yo de vivo pesaba mis buenos kilos. Me encantaban los chuletones de ternera y los postres muy azucarados. Qué fácil ahora que los gusanos me difamen y todo porque me muestro diferente y no quiero ir a las fiestas que se organizan. Y todo porque me han oído llorar.

Sí, lloro bastante. Soy un muerto llorón. Llora porque me siento inadaptado y solo. Llora porque pensé que una vez muerto, todo eso cambiaría. Llora porque todo me va mal y ahora sí que no hay escapatoria.

Hace tres semanas fui a una de esas fiestas. Y me dio esa timidez que me da cuando estoy con mucha gente. Por integrarme un poco me puse a hablar de la obra de Kafka y de la miseria humana. *No es de buen gusto*, me dijo por lo bajo la condesa

que estaba a mi lado. *Menudo aguafiestas*, dijo la maestra a la que su marido le hizo grabar un epitafio precioso. *No le escuchéis*, dijo la chica que se murió de leucemia y a la que cada viernes un hombre le trae flores.

Sentí que me hervía la sangre y les grité *¡Sois un atajo de incultos!*, pero si algo ha hecho la muerte con ellos ha sido dejarles sin un ápice de disimulo, ni compasión. Y lo único que recibí como respuesta fueron carcajadas de burla. Así que decidí volver a mi tumba y no abandonarla jamás.

Pero aquí es imposible aislarse por mucho que uno quiera. Dos minutos después escuché los pasos de Amanda cerca del mármol de mi sepultura. Amanda, la que me contó una noche cómo en vida servía bollitos recién horneados para su familia. La que me habló de su nostalgia sobre aquella melena rubia que ella tenía. *¿No ibas a detenerte ni para charlar un rato?*, le pregunté, y me dijo que no le había hecho ni caso en la fiesta con tanto hablar de Kafka. Intenté explicarme, pero ella me soltó que había conocido a un tal Mauricio y que se habían citado junto al ciprés de la entrada. *Ahora sí que me quedo solo*, le dije. Ella respondió que si estaba solo era porque no había Dios que me entendiera. *No hables de Dios*, le dije, *y ahora vete de mi tumba*, y ella me prometió que esta vez sería para siempre.

Salí corriendo detrás y le grité: *¡Habéis hecho de la muerte un baile de máscaras, estáis tan aburridos que dais pena! ¡Anda, tómate la medicación!*, me pareció que susurraba, pero se me confundió con el ruido del viento entre los árboles.

Fue entonces cuando me sentí enloquecer. Si Amanda me abandonaba, no me quedaba nada. Yo era un lord Byron sin té, sin libros, sin nada. De modo que levanté mis ojos al cielo e imploré a los dioses que me llevaran. *¿Pero a dónde iban a llevarme si ya estaba muerto?* Por un instante concebí la esperanza de que después de la muerte hubiera otra más lejana donde las cosas pudieran enderezarse. Tuve la impresión de que caía por un vacío infinito y que al final, más allá del más allá del más allá, estaba la voz de mi madre... *¿Mamá?... ¿eres tú, mamá?...* Sí, era ella. Ella estaba allí, delante de mí, con ese lunar que tenía encima de la boca. *¿Qué haces aquí?*, le pregunté, *¿te has muerto tú también?*

Pero ella me dijo que yo no estaba muerto, que yo estaba en el salón de nuestra casa y que si me había tomado las pastillas... *¿Qué pastillas?*

Luego los gusanos empezaron a parlotear de nuevo y parloteó la condesa y parloteó Amanda y parloteó un grupo de borrachos en el camino central y el parloteo de todos se mezcló con el ruido del viento entre los árboles y con la voz de mi madre... a la que no logro entender...

### LA MAESTRA

Ángel Manuel Felicísimo Pérez♦



Amanecía como desde hacía semanas, con una niebla fría y espesa que te calaba hasta los huesos. El sol tardaría en romperla, aunque había días que ese manto blanquecino no nos abandonaba y todo quedaba sumido en una luz albariza que ni siquiera formaba sombras. Caminé a lo largo de la calle que llevaba al cuartel.

Los dos soldados de guardia me saludaron con desgana, arrebuados en unos capotes que alguna vez fueron verde oliva. Busqué el camión, un pequeño Büssing, y subí al asiento delantero a la espera del conductor y de la patrulla que debía acompañarme.

Repasé por enésima vez las órdenes de detención. Incluían a siete personas sospechosas de traición. Dos alcaldes, dos escritores (uno de ellos poeta ¿cómo se ganaba la vida?), un agricultor, el dueño de una tejería y una maestra. Todos vivían en pueblos de la sierra, pueblos pequeños dedicados a

---

♦ **Ángel Manuel Felicísimo** es biólogo y trabaja como investigador y docente en la Universidad de Extremadura. Recientemente, ha comenzado a escribir relatos cortos y microrrelatos para escapar de los moldes estrictos de la literatura científica.

la ganadería y a una agricultura precaria. ¿Qué habría hecho esta gente?

El conductor subió y me saludó con gesto indolente. Le dio unos golpes con los nudillos al dial del combustible hasta que la aguja se despegó del cero, me miró y asintió: todo correcto. El camión comenzó a moverse hacia la difusa claridad del levante.

Íbamos cinco en aquel camión: tres soldados con subfusiles, un sargento y yo, recién nombrado capitán por la única razón de que el anterior había desaparecido un par de semanas antes. Solo llegaba algo de calor a la cabina, por lo que hice como que no veía las mantas nada reglamentarias con las que se envolvían los soldados en la caja.

Afrontamos la subida a la sierra, toda curvas y baches, y avistamos el primer pueblo desde lejos; cuando llegamos, las calles estaban desiertas, no querían nada con nosotros.

Tras unos golpes enérgicos en las puertas, algunas de ellas abrían solo una rendija por donde siempre asomaba una mujer mayor. Pueblo a pueblo, fuimos preguntando por las personas buscadas. Nadie sabía nada, claro, y para ser sinceros, yo no tenía ninguna gana de apretar los tornillos a la gente. El resultado fue que no detuvimos a ningún sospechoso hasta que, ya cerca del ocaso, avistamos el último destino. Cuando llegamos al colegio me bajé, me acerqué a la casa, que hacía de aula y de vivienda, y llamé con los nudillos a la puerta.

—Pase, está abierto.

La maestra estaba allí, sentada en una silla en la minúscula cocina y leyendo un libro. Levantó la vista cuando entré y me dio la sensación de que no estaba sorprendida de ver un uniforme.

—Ya está aquí. Lamento verle, pero no puedo decir que no le esperaba.

—¿Es usted la maestra? —le pregunté.

—Sí, Claudia, para servirle.

—Pues lamento comunicarle que tengo órdenes de detenerla y llevarla al cuartel general donde permanecerá bajo vigilancia hasta su interrogatorio y posterior juicio.

—Supongo que no es momento de alegar nada ¿verdad? Vamos allá, por tanto. Dado que no sé cuánto tiempo estaré fuera ¿puedo coger algunas

cosas?

—Sí, pero no se demore. Y traiga su documentación.

No se demoró. De hecho, juraría que ya lo tenía todo preparado. Salió de su cuarto con un abrigo de color granate y una pequeña maleta que cerraba con una correa. Ya fuera, echó un vistazo fugaz a una ventana que supuse sería la del aula.

Nos sentamos con el conductor en la cabina, Claudia en el medio. Durante el camino de vuelta conseguí enterarme de dónde había nacido, de cuándo se hizo maestra y de porqué estaba en aquel pueblo perdido, donde tenía una docena de alumnos, mitad niños y mitad niñas. Preguntó en voz baja qué sería de ellos ahora. No contesté, no esperaba respuesta, supuse.

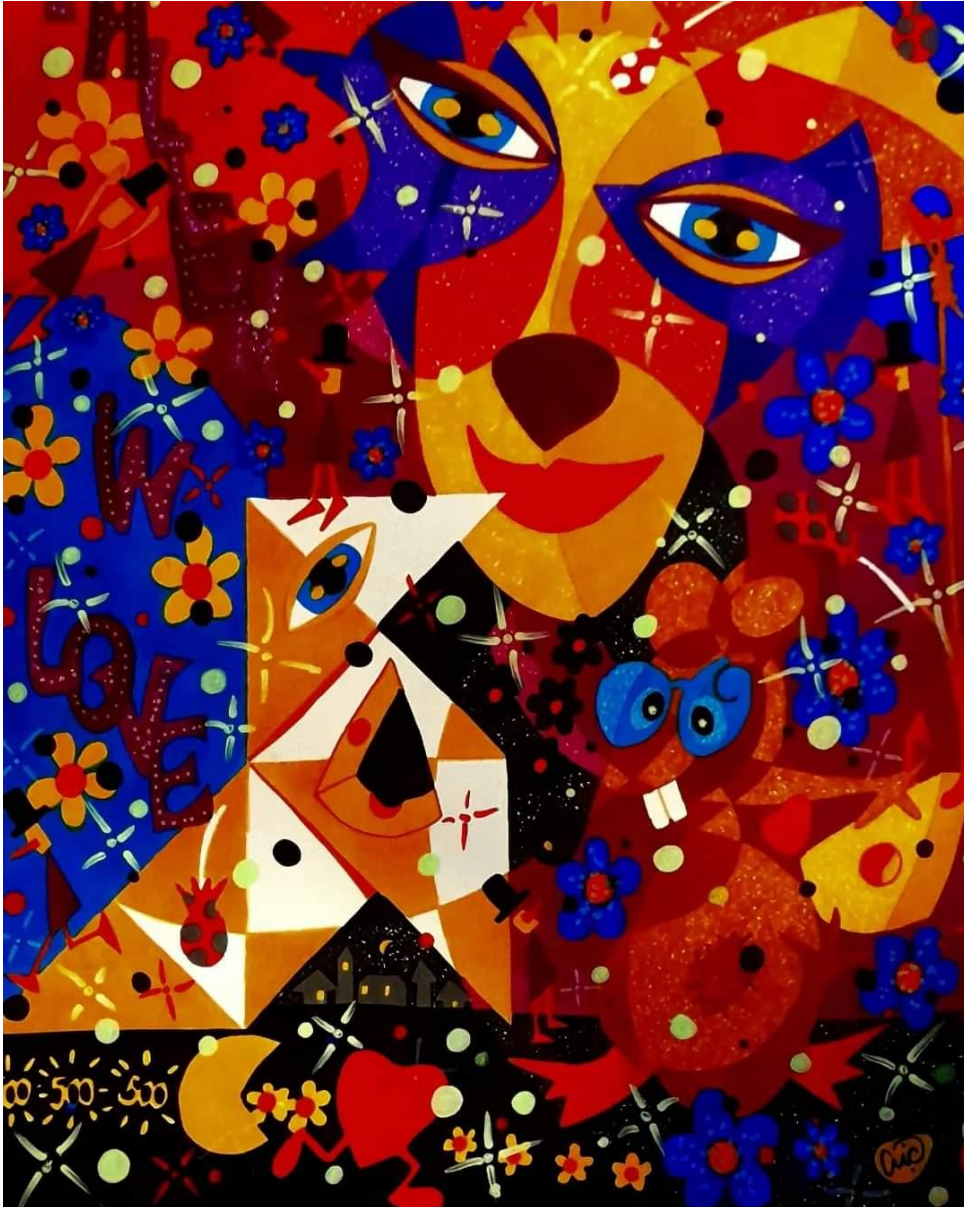
Tras dos interminables horas, el camión entró en el cuartel general. Allí presenté la orden de detención y la documentación de Claudia. No la encerraron en los barracones, no había mujeres allí, sino que me ordenaron llevarla a una de las casas requisadas de la plaza mayor. Rechacé la compañía de un soldado y fuimos caminando. Por algún motivo me ofrecí a llevarle la maleta, que era sorprendentemente pesada. Pensé que debía contener libros, aparte de ropa. La casa tenía algunas ventanas débilmente iluminadas que se debatían para hacerse visibles en la niebla. Llamé a la puerta y dejé a Claudia cuando una mujer de uniforme la abrió.

Pasé la noche con pesadillas donde un pelotón recorría los pueblos disparando a todo el que encontraban. Fueron sueños en blanco y negro salvo cuando aparecía alguien con un abrigo granate. Apenas alboreaba cuando me levanté sudoroso y temblando y, sin pensar motivos, me dirigí hacia la casa de la plaza.

Con un inmenso cansancio y hastiado, me abrí paso en la neblina fría. Recordaba con claridad la silueta de Claudia con su maleta en el umbral iluminado de la casa. Llegué, pero no había luces ni movimiento. Intenté adivinar en qué ventana estaría y qué podría haber pasado si no estuviéramos viviendo los estertores finales de una guerra. Miré la calle que conducía a las afueras, tal vez esperando ver una mujer con un abrigo de color granate, pero no, sólo había niebla y la leve luz de un sol que intentaba salir para que comenzara otro día.

## NANA

Gotardo González Quero♦



Me sueño que la niña llora, despierto en mitad de la noche y la niña está llorando de verdad porque le duele la barriga. Le duele la barriga y se le inquieta el sueño pero no termina de despertarse, llora la niña y yo no puedo sacarla de la pesadilla.

---

♦ **Gotardo González Quero** (Granada, 1983), es escritor y articulista. Cofundador de la Revista de Cultura Lenguas de Fuego en 2003 y colaborador de diversos medios culturales. Ha publicado, entre otras cosas, *Cleptomanía cotidiana* (Musa Ebria, 2006), "Carrusel" (en *El extraño y otros relatos*, Tritoma, 2007) y *El libro de las distancias* (Círculo Rojo, 2021).

Yo a veces me sueño con cosas que salen por la televisión. Que de tanta lluvia se forma un río espeso que crece de pronto y me cierra el camino para llegar a la casa, que al otro lado del río estaba mi hija y de repente ya no la veo. Me sueño que suena el gas del brasero, silba cada vez más fuerte, y de repente estalla y derrumba media casa y se ve el sofá a la intemperie, como en las imágenes de Palestina, y varias fotos salen volando y algunas caen al suelo húmedo. Lo que sale en mis sueños roba sonidos que yo ya conozco: el agua del río borbotea como el puchero hirviendo, el gas explota como un globo, y mi niña llora con el mismo desconsuelo que cuando estoy despierta. Cuando escucho cantar al gallo sé que no duermo, los gallos cantan a cualquier hora pero nunca cantan en sueños.

José me dice que esas cosas, las desgracias que dan por la tele, a nosotros no nos van a pasar, y yo pienso que es verdad, que Dios no tiene por qué mandarnos calamidades porque somos gente de bien, pero también veo las cosas que pasan, por mala suerte o por no sé qué maldición —porque no puede que Dios lo quiera así—. Y pienso que me tranquilizaba más remover las ascuas del brasero de picón que el soplo sordo del gas.

Cuando no nos vienen las desgracias, nos las buscamos. Al Toni, el de Pisafango, se lo encontraron en el doblao del corralón. Habían quedado los amigos para hacer caldereta y, viendo que no llegaba, barruntaron que algo pasaba. Y fueron. Porque ya había avisado antes, claro, porque ya había avisado antes. Fue su amigo el Cafelito, el que tiene los guarros por donde el campo del Francotirador, quien lo encontró. La novia le esperó en la puerta porque no se atrevía a entrar. Dijeron que cuando lo bajaron estaba todavía caliente. El Cafelito, que al primer golpe parece un hediondo, pero que luego es un muchacho noble y trabajador. Qué lástima que no llegara un poco antes.

José volvió a casa del campo y me lo contó. Venía arrecío, traía un par de liebres pingando y las dejó colgadas junto a la puerta, altas, donde los perros ya no pudieran cogerlas, y dejaron en el suelo un charco pardo de agua. Me lo contó, lo del Toni, y yo me eché a llorar. Mujer, mujer, tampoco es para ponerse así, delante de la niña no, si tampoco tú lo conocías tanto. Pero yo no podía aguantarme. Nosotros somos gente de bien, como el Cafelito o como el Toni.

Y yo creo que eso es lo que le sentó mal a la niña, eso y esta lluvia. Yo

estaba en la cocina preparando ya la cena y la niña, que le gusta el golimbeo, como a todos los niños, había cogido unas perrunillas recién hechas. Le dije “no comas mucho, mendinga, que luego te duele la tripa”. Y ella me miró así, con la carina de bichino que tiene, y yo le hice cosquillas: que tienes la barriga mu chiquinina pa ser tan lambuza.

Y me preguntó, de sopetón. Mama, y dónde está el Toni ahora. Ay. En el cielo, con su mamá. Y ella miró al cielo nublado y me preguntó si el Toni seguiría triste. Y yo le dije que no, porque está con su mamá.

A veces se me hace que la niña llora y me levanto y la encuentro durmiendo tranquila. Otras veces me despierta y yo temo no haberla escuchado a tiempo, a saber el rato que lleva desconsolada. Y pienso en el Toni, que estaba también desconsolado como un niño sin que su madre pudiera atenderle, como me pasa a mí cuando en sueños se me cruza un río oscuro.

Cuando la niña llora porque le duele algo yo le sobo la barriga y enciendo una vela y pongo una taza de agua con tres gotas de aceite a la luz de la luna y le recito el mismo conjuro que me recitaban a mi:

*Bendita luna por aquí pasó,  
el color de mi chiquinina se llevó.  
La bendita luna por aquí pasará,  
mi chiquinina  
lo dejará y el suyo se llevará  
a tierra de moros donde no vuelva jamás.  
En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

Pero hoy no hay luna. Es de noche y pinteas y sueño despierta que la lluvia entra por algún sitio. Parece que la oigo y de verdad se me hace que el agua negra se va a llevar la casa. Se me mezcla el olor a butano con ese olor a tierra que se parece al de las manzanas que están empezando pudrirse y me dan pesadillas. Cuando ella sale por la noche llamando me da miedo que de mayor termine soñando despierta como yo y que los malos sueños se le hagan realidad. Luego, me dormiré de cansancio cuando la niña caiga rendida, mañana será otro día. La lluvia que antes lamía las ventanas ahora repiquetea en el suelo que empieza a alagarse. Sé que estoy despierta porque los gallos cantan —los gallos nunca cantan cuando estoy soñando—.

### EL FARO DE LA MEDIA LUNA

Ana María Abad García ♦



Como todas las noches, Juan sube a encender el faro. En su familia es una tradición que suma ya tres generaciones: su abuelo ayudó a construirlo con sus propias manos y, una vez acabado, asumió el compromiso de mantenerlo siempre encendido, en lo más crudo del crudo invierno o en lo más tórrido del más tórrido de los veranos. En cuanto la luz de la tarde iba rayando hacia tonos de naranja, el buen hombre subía las escaleras de la torre, al principio saltando los peldaños de a tres, más pausadamente con el paso de los años, y con visible esfuerzo hacia el final, cuando ya la artrosis había hecho presa en sus recios miembros.

Su hijo, el padre de Juan, sin pasión especial por ningún otro oficio, hizo suyo el de su progenitor, que le instruyó con mimo y paciencia en el noble arte de prender la fogata que debía arder en el centro de la torre durante toda la

---

♦ Ana María Abad García. Estadística de formación y escritora por vocación, sobre todo de relato breve y microrrelato.

noche. Aún seguía el padre de Juan en esa dichosa etapa de su juventud en la que los escalones corrían de tres en tres bajo sus pies, cuando la hoguera fue sustituida por un potente foco y se acristaló la torre, haciendo la tarea más sencilla a la par que más confortable: allí dentro el invierno no era tan crudo ni el verano tan tórrido como los que había sufrido el abuelo, que a esas alturas descansaba ya muy cerca de allí, al pie de un roble, junto a la Ermita. A veces, el padre de Juan se imaginaba al viejo farero, yesca en mano, mirando con desprecio el interruptor del moderno foco, componiendo aquella mueca torcida tan suya que no dejaba lugar a dudas sobre su opinión acerca de aquellos “inventos del demonio”. Una mueca que, sin darse cuenta, reproducía el hombre con toda exactitud en su propio rostro cuando Juan intentaba enseñarle a manejar un teléfono móvil.

Juan sí tenía pasión por otro oficio distinto al de farero: le gustaba escribir. Desde niño, su fértil imaginación no paraba de hilvanar historias en su rubia cabecita y, con el correr del tiempo, esos cuentos infantiles derivaron en relatos de intriga y de misterio, truculentas ficciones próximas incluso, algunas de ellas, al terror, que le granjearon un nombre y una reputación en la comunidad literaria, amén de pingües beneficios con la aparición de cada nueva novela.

Cuando su padre, muy a su pesar, vio llegado el momento de su jubilación, Juan ni se lo pensó: su trabajo podía llevarse a cabo a la perfección desde cualquier lugar, y aquél en concreto encajaba divinamente, con su ambiente solitario y melancólico, en el marco de sus historias. Así pues, se propuso matar dos pájaros de un tiro: seguir con la tradición familiar, para regocijo de su progenitor, y aislarse en el faro para escribir sus novelas en paz.

Y aquí sigue, diez años después, subiendo noche tras noche a la torre en cuanto el primer rastro carmesí mancha el horizonte, a pesar de que hace tiempo que existe una conexión con el interruptor principal en el pequeño apartamento bajo el faro, haciendo innecesaria la escalada. Pero a Juan le gusta asomarse a la balconada que rodea el foco, enviar un silencioso saludo hacia lo alto del monte en el que su padre reposa junto a su abuelo, mano a mano, junto a la Ermita, y luego acodarse en la barandilla a contemplar cómo

la espuma de las olas se estrella contra las rocas, salpicando de nieve la espesa neblina justo antes de que el haz de luz la acuchille sin piedad, como el asesino de una de sus novelas.

Esta noche, Juan está inquieto. El cielo despejado, sin señal alguna de tormenta; el mar en calma, espejo pulido donde las estrellas flotan, perezosas, a la deriva; la leve brisa perfumada de sal que alborota sus cabellos con el cariño de una madre... ningún indicio de nada fuera de lo corriente que pueda inquietarle... y, sin embargo, Juan está inquieto.

Clava los ojos en la oscuridad que lo rodea, esquivando con pericia el filo brillante que, de tanto en tanto, la parte en dos. ¿Es un chapoteo eso que llega a sus oídos? ¿Un bote de remos, tal vez, acercándose sigiloso a la orilla? ¿O es su imaginación, imbuida de la trama de su último libro, aún inacabado, que juega con él al escondite? Para cerciorarse, baja a la carrera de la torre, sale fuera atrapando al vuelo la linterna que cuelga siempre junto a la puerta, y recorre el camino que serpentea ladera abajo hasta morir en la diminuta playa. Allí, Juan tiene varado un barquichuelo pegado a la pared de roca, bien a cubierto de las mareas, para sus pequeñas incursiones marítimas en busca de inspiración y, ocasionalmente, de algún pescado para cenar.

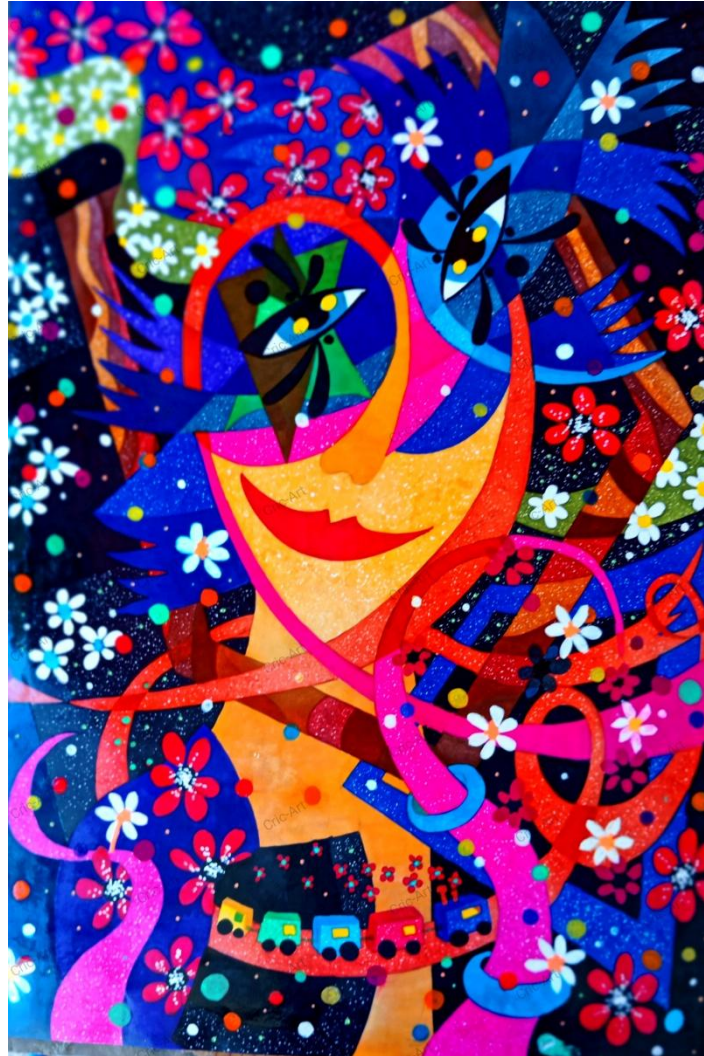
La luz de la linterna barre la arena, remedando con modestia al potente foco que, justo en ese instante, ilumina las oscuras aguas. Nada. Nadie. Juan hace un segundo barrido y le parece descubrir un esquivo reflejo cerca de las rocas del extremo. Hacia allá se encamina, cauteloso, con un redoble de tambor vibrándole en el pecho y la boca reseca.

Viene a su memoria un cuento que su abuelo le contaba de niño: la visita de una sirena cierta noche de media luna, como la que hoy brilla sobre su rubia cabeza, una sirena de doradas escamas que le dejó como regalo un bebé: el padre de Juan. A continuación, su padre tomaba el relevo y le narraba exactamente la misma fábula sólo que, en esta ocasión, el bebé era él. Sacude la cabeza con una sonrisa, comprueba que las rocas están desiertas y emprende el regreso al faro.

Bajo la media luna, un destello dorado se sumerge en las aguas, sigiloso, mientras Juan cruza la puerta y, atónito, escucha el débil llanto de un bebé.

### TARDE DE MONSTRUOS, UNA VENTANA AL TERROR

Marcos Ballester Matito<sup>♦</sup>



No es tarea sencilla abordar la reseña de una antología, y menos aún, cuando quien escribe forma parte de ella. En esta, más que en cualquier otra, os escribo desde la más completa de las subjetividades, dejando rienda suelta al carro de las pasiones, para que surque el cielo como Febo.

Como toda antología coral, el conjunto es variado, irregular, diverso, pero en esa originalidad reside parte de su interés. Este volumen reúne a catorce autores y más de una veintena de relatos más o menos breves que exploran distintas modulaciones de un mismo fenómeno: el miedo; algo que atraviesa al

---

<sup>♦</sup> **Marcos Ballester Matito** (1992), ingeniero mecánico y escritor. Sus últimas publicaciones han sido dos poemarios *De inviernos y otros poemas estacionales* (2023) y *Verano* (2024); también unas memorias, *Cuadernos de viaje - Tres días para decir adiós* (2025).

género humano, algo que muta y se transforma con cada generación, algo que se pone máscaras para entrar dentro de uno y que, una vez dentro es muy difícil de combatir.

El miedo se arraiga al hombre como una garrapata a la piel; mete su cabeza y empieza a succionar la sangre y la energía poco a poco. Creo que esto resume bien la experiencia de lectura que propone la antología: una inmersión en el género, donde conviven el terror psicológico, lo sobrenatural, lo rural y lo cotidiano.

Las historias que componen *Tarde de monstruos* pueden leerse como ventanas abiertas a realidades diversas: algunas parecieran estar sacadas de nuestro mundo, el “real”, pero pronto uno se da cuenta de que aparece en él algo que se ha torcido de una forma inesperada y macabra; otras se adentran en territorios más fantásticos inspirados en las tradiciones de la península ibérica.

Para mí, que soy un gran lector de Lovecraft y su círculo, *Tarde de monstruos* se sitúa en una tradición reconocible: la de aquellas revistas norteamericanas como *Weird Tales* o las recopilaciones de relatos traducidos al castellano que han encontrado eco en sellos como *Maestros del Pulp*. Sin embargo, hay una gran diferencia con ellas: estos textos no se han traducido al castellano, nacen ya escritos en nuestra lengua, en nuestro entorno, en nuestra cultura.

Formar parte de este grupo de personas que un día quisimos recuperar el espíritu de la tradición analógica, de la narración oral, de reunirnos una tarde a contarnos historias, de escribir para otros y para nosotros mismos ha sido una experiencia realmente enriquecedora. Y creo que los frutos del trabajo quedan muy bien reflejados en este libro.

La antología se abre con un ensayo introductorio que funciona como marco teórico del terror para orientar la lectura y reivindicar su lugar en la tradición literaria española, donde históricamente ha sido relegado frente al realismo.

Además, al final, podréis “conversar” con los distintos autores que hemos compartido con vosotros nuestras historias, pues hay un apartado en el que cada uno describe qué significa para nosotros el miedo y lo monstruoso y cómo lo hemos querido interpretar en nuestros relatos.

## Los libros de mi vida

Miguel de los Santos♦

### Tú dices... Bécquer decía...

David Araújo (2023)



Por la retrospectiva de mi memoria me veo en aquel niño que un día fui sentado bajo el parral de la casa paterna donde la abuela Carmen tejía en silencio ajena al cuchichí de las perdices enjauladas que mi padre adiestraba como señuelos en sus habituales partidas de caza. Las ventanas abiertas de la vivienda para dar paso a una primavera perfumada y gloriosa permitían que el patio se inundara de los sonidos de la radio que mi madre encendía invariablemente a esas horas de la sobremesa para escuchar el programa Peticiones del Oyente en el que los locutores, tras leer las consabidas dedicatorias y mensajes de felicitación a propósito de cualquier tipo de efeméride entre familiares o amigos, anunciaban y emitían las canciones solicitadas, generalmente las

---

♦ Creador de contenidos nato, tras dedicar una vida a la radio y a la televisión, **Miguel de los Santos** decidió dedicar otra de sus vidas a la literatura. Ha publicado un libro de ensayos vivenciales y tres novelas. Su última novela es *Flor de avispa*.

más populares del momento. Entre coplas, boleros y pasodobles que copaban los títulos más populares de la época, de vez en cuando los oyentes solicitaban la emisión de un poema. Dos poesías concretamente que, por su reiterativa difusión acabaron por alcanzar una popularidad inusitada: *La Profecía*, De Rafael de León...

“Me lo dijeron ayer  
las lenguas de doble filo  
que te casaste hace un mes  
y me quedé tan tranquilo”...

Y *El romance de La Chata*, de Rafael Duyos...

...“Y un chavea, un raterillo  
con la colilla apagada,  
por la calle Arrieta arriba  
diciendo: “¡He visto a La Chata!”

Así termina. Pero se trata de una tirada continua y muy extensa de versos octosílabos donde se narra la ida de la Infanta Isabel de Borbón a los toros, su vestimenta y un largo recorrido por Madrid. Un poema como el anterior de una plenitud estética y rítmica maravillosa cuya musicalidad y estructura cumplen a la perfección con lo que significa el género poético, el más bohemio y olvidado en su naturaleza de cuantos configuran la literatura universal. Fue para mí un hallazgo prematuro que se repetiría secuencialmente a lo largo de los años. Aún hoy retiene mi memoria ambos poemas que dieron juego y lustre a mi infancia por el empeinado empeño de la abuela en invitarme a recitarlos en toda fiesta o sarao familiar que se pusiera a mano.

Con ellos a cuestas desembarqué en el mundo lectivo de un largo bachillerato donde por empeño y afición de mi catedrático de Lengua y Literatura me zambullí de lleno en el Siglo de Oro para reencontrarme y reactivar aquel descubrimiento asombroso de una poesía con mayúsculas. La poesía histórica de Don José Zorrilla...

“Corriendo van por la vega  
a las puertas de Granada  
hasta cuarenta gomeles  
y el capitán que los manda”...

*La Oriental*, un romance morisco que narra el encuentro entre un capitán gomel moro y una cautiva cristiana. Ideal para la imaginación de un adolescente fantasioso, como era mi caso. O *La canción del Pirata*, De José de Espronceda...

“Que es mi barco mi tesoro  
que es mi Dios la libertad,  
mi ley la fuerza y el viento  
mi única patria, la mar”.

Libertad, independencia, fantasía sin límites ni horizonte para incentivar la aventura de la vida por llegar. Y, para colmo de un corazón joven proclive a los primeros amoríos, un día cayó en mis manos Gutierre de Cetina, el poeta y soldado sevillano...

“Ojos claros, serenos,  
si de un dulce mirar sois alabados  
¿por qué si me miráis, miráis airados?”...

Qué perfección en la métrica y cuánta belleza en el ritmo y la musicalidad de la rima...

“Ojos claros, serenos  
ya que así me miráis, miradme al menos”.

Fueron los primeros brotes de una afición poética que se marchitaría con el tiempo. Justo cuando la producción poética al menos en España, y en castellano en general, fue perdiendo el brío y el ingenio; perdiendo aquella musicalidad perfecta del arte de la versificación posiblemente por la mercantilización que padece el hecho literario y por la invasión de formas y modos de todo punto heterodoxos que han suplantado la poesía en verso. Si bien antes de que esto sucediera la poesía en España ha vivido tres momentos gloriosos dejándonos un hermoso legado en el que me refugio a veces para compensar esa ausencia. La generación del 98 con los Machado, Unamuno, Azorín, Baroja o Valle Inclán al frente, con una inmensa obra poética que abarca desde el paisajismo al conflicto entre la fe y la razón pasando por el esperpento de Don Ramón María.

“Es la vida una farsa de guiñol y vino  
donde el dolor se disfraza de esperpento  
Madrid es el escenario de este desatino

donde el honor se lo lleva el vendaval y el viento”.

La del 27 de Lorca, Alberti, Cernuda, Guillén y Salinas con piezas magistrales como el *Romance de la luna, luna* del famoso *Romancero Gitano*, de Federico...

“La luna vino a la fragua  
con su polisón de nardos.  
El niño la mira, mira  
el niño la está mirando”.

Y la última añada del poemario nacional. Gran reserva del 36. Miguel Hernández, Luis Rosales, Leopoldo Panero, Dionisio Ridruejo...

“Yo quiero ser  
llorando el hortelano  
de la tierra que  
ocupas y estercolas  
compañero del alma  
tan temprano”.

Creo que el verso se ha perdido en el lenguaje, en la lectura y en la declamación. Se ha perdido definitivamente entre modismos ralos y palabras nuevas. Esto es lo que expone y denuncia suavemente, a su manera de poeta, David Araújo, el autor de *Tú dices... Bécquer decía...*, delicioso ejemplar literario que, tanto por su intención como por su ingenio se ha convertido en pocos meses en uno de *Los libros de mi vida*. Afortunado hallazgo durante una presentación de trabajos de jóvenes poetas a la que fui invitado por la Editorial Pie de Página, tras muchos años alejado del ambiente poético. Entre otros varios ejemplares de títulos recién publicados reposaba sobre el anaquel desde donde la imagen dibujada de Gustavo Adolfo Bécquer pareció guiñarme un ojo. Lo tomé, ojeé y leí...

Tú dices: “Me tienes muy rayado. Pienso en ti todo el rato”

Pedro Salinas decía: “Que paseo de noche con tu ausencia a mi lado. Me acompaña al sentir que no vienes conmigo”.

Un formidable ejercicio comparativo donde (tal y como concluye en su contraportada) «David Araújo traduce a la lengua del siglo XXI grandes fragmentos de nuestra literatura, permitiendo con el contraste que se observe la grandeza y el valor de un texto literario construido con arte».

## Historia de la Literatura

### EL ENSAYO Y LA NOVELA EN LA GENERACIÓN DEL 27

Felipe Díaz Pardo



Si bien, como todos sabemos, el género en el que destacan los miembros de la generación del 27 es el de la poesía, algunos de sus integrantes cultivan otras formas literarias de expresión.

Muchos de ellos se dedicaron profesionalmente al mundo universitario, lo que incide en la producción de textos ensayísticos, a los que cede el protagonismo la novela, aunque alguna obra narrativa se escribe. El teatro —como ya hemos visto en el anterior número de la revista— también es objeto de atención por autores como Lorca, Alberti o Salinas. De hecho, sufre una renovación formal de la mano del primero, entre otros, en una época en que aún está vigente el teatro comercial de finales de los años 20 y siguen predominando las comedias al estilo de Benavente, el teatro poético, las piezas cómicas y los espectáculos musicales.

Como acabamos de decir, en estas primeras décadas del siglo XX, la novela cede el protagonismo literario al ensayo, género en el que muestra un extraordinario relieve la figura de José Ortega y Gasset. Por otra parte, el espíritu de la *Institución Libre de Enseñanza*, de gran influencia entre los escritores del 27, se mantiene vivo entre los pensadores de la época.

Dada la condición de que varios de estos poetas —Salinas, Guillén, Alonso, Cernuda— fueron destacados profesores universitarios, realizaron importantes estudios de la materia. Haciendo un balance general, cabe mencionar en este

terreno los trabajos de Pedro Salinas sobre literatura española clásica como, por ejemplo, el titulado *Jorge Manrique: tradición y originalidad*, y sobre literatura contemporánea, como los ensayos recogidos en *Literatura española del siglo XX*.

De la ensayística de Salinas también extraemos ideas suyas sobre la lírica. Para él, la poesía es una experiencia personal, única e individual, que el artista aspira a transmitir luego a los demás, sin calcular si estos son minorías selectas o grandes mayorías, tal y como lo explica en uno de los ensayos incluidos en su colección *El defensor* (1948).

Por otra parte, Salinas fue uno de los mejores epistológrafos españoles, como lo demuestra la *Correspondencia (1923-1951)*, intercambiada con Jorge Guillén, publicada en 1992. Esas cartas reflejan la personalidad diferente de cada uno de los dos amigos: la vivacidad, la sociabilidad y la iniciativa de Salinas contrastan con el talante sosegado, meticuloso y absorto de Guillén.

Jorge Guillén fue también autor de numerosos ensayos, como “Federico en persona”, que encabeza, a modo de prólogo, las *Obras completas* de García Lorca en la editorial Aguilar, y las incluidas en *Lengua y poesía*. Son también de gran interés los trabajos que se recopilaron en *El argumento de la obra* (1969), por los comentarios que hace en ellos de su propia poesía.

Dámaso Alonso fue otro de los grandes ensayistas del 27. Gran conocedor de la literatura española del siglo de Oro y, particularmente, de la poesía de Góngora. De él son importantes estudios sobre literatura española. Según él mismo dirá, esos trabajos “llevándome por muchas sendas espirituales, me servían para encubrirme mi vital aflicción, me valían para distraerme haciéndome trabajar mucho”. En 1972 comenzaron a publicarse en la editorial Gredos sus *Obras completas*, de las que han aparecido diversos volúmenes. Especialmente interesante resulta, por ejemplo, el estudio que realizó de las *Soleidades*, del poeta cordobés. Y es que Dámaso Alonso fue, fundamentalmente, un filólogo y catedrático al que se debió después en 1926 la rehabilitación de Góngora, junto con sus compañeros de generación, y luego la creación de la escuela estilística española con su admirable libro *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos* (1950). A Alonso le debemos también, como teórico de la literatura, la distinción en la lírica de posguerra, entre “poesía arraigada” y “poesía desarraigada”.

Luis Cernuda también cultivará el ensayo literario, sobre todo durante el exilio, con títulos como *Estudios sobre poesía española contemporánea* (1957), *Pensamiento poético en la lírica inglesa* (1958), *Poesía y Literatura I* (1960) y *Poesía y Literatura II* (1964). Más tarde, en 1970, otros estudios, que Luis Cernuda consideraba “cosas viejas” sin interés, fueron recopilados bajo el epígrafe de *Crítica, ensayos y evocaciones*. Eran dos ensayos sobre Aleixandre, de los años cincuenta, otro sobre Juan Ramón Jiménez, de 1942, y otros ensayos aparecidos en la revista *Cruz y Raya*. Bécquer, Rosalía de Castro, Campaamor, Machado, Unamuno, los poetas del 27 y otros más jóvenes como Leopoldo Panero, Luis Rosales, o Vivanco son autores a los que dedica parte del primer libro citado. En los últimos ensayos combina autores extranjeros y españoles, clásicos y modernos, lo que da cuenta de la amplitud de su mirada crítica y literaria. De Cernuda se puede decir que la crítica literaria, al menos en parte, obedece a un esfuerzo para educar la sensibilidad del público, y hacerle comprender la propia poesía.

En el campo del ensayo también se deja sentir la influencia del vanguardismo en una época en que la figura dominante en el género era, como hemos dicho más arriba, la de Ortega y Gasset. Así, una figura cercana al círculo de los del 27 como fue Rosa Chacel, colaboró con breves ensayos en las páginas de la *Revista de Occidente*, aunque será en el exilio cuando muestra su talento ensayístico. Es el caso de María Zambrano, mujer del 27 también, quien, fuera de España tras la Guerra Civil, se revelará como una de las figuras más importantes de la filosofía española del siglo XX. Fue también discípula de Ortega antes de la Guerra Civil, y en su larga obra del exilio escribió obras como *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939), *Filosofía y poesía en la vida española* (1939) o *El sueño creador* (1965). En sus libros, además de la literatura y la filosofía están presentes la política, la sociología, la psicología, la religión y el arte.

Además del ensayo, propiamente dicho, hay que destacar otros subgéneros como el de las memorias, las cartas o los retratos literarios. Al género epistolar hemos aludido antes al mencionar la correspondencia cruzada entre Jorge Guillén y Gerardo Diego. Por lo que respecta al último tipo de texto, cabe mencionar el volumen titulado *Imagen primera de...* (1945), en donde Rafael Alberti recogió diversas semblanzas de escritores y artistas a los que conoció y trató: Lorca, Juan Ramón Jiménez, Machado, Valle-Inclán, Unamuno, Picasso, Falla, Ortega y Gasset, etc.

Pero donde la prosa de Alberti destaca es en las memorias, con *La arboleda perdida*, quizá la muestra de este género más brillante en la historia de la literatura española y una obra fundamental para conocer la vida del poeta, así como los avatares y la cultura del siglo XX. En ella, al poeta gaditano, cuando empieza estas memorias en la treintena, el impulso por recordar le lleva a intentar recuperar, desde el exilio, un espacio y un tiempo idos, que perviven de manera fuerte y determinante. Su mujer, María Teresa León, también se sumó al cultivo del género autobiográfico con el interesante libro de recuerdos, *Memoria de la melancolía* (1970).

Algún otro miembro del 27 cultivó el género memorístico y biográfico. Es el caso de Manuel Altolaguirre, que escribió un interesante libro de memorias, titulado *El caballo griego* y una biografía de Garcilaso de la Vega. Rosa Chacel, por su parte, contribuyó al género con sus memorias *desde el amanecer* (1972) y con sus diarios íntimos en tres volúmenes con el título general de *Alcancía* (1982, los dos primeros; y póstumamente, en 1988, el tercero).

Por último, y para cerrar este apartado de subgéneros en prosa, citaremos la traducción literaria, campo en el que también trabajaron algunos poetas del 27, tanto a la hora de traducir poesía como prosa, dando así a conocer en nuestro país a importantes autores extranjeros. Pedro Salinas tradujo del francés la magna obra narrativa de Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*. Jorge Guillén hizo lo mismo con el largo poema del francés Paul Valéry, titulado *El cementerio marino*. A Dámaso Alonso se le debe la primera versión en español del *Retrato de un artista adolescente*, del irlandés James Joyce. Luis Cernuda tradujo a diversos poetas clásicos y románticos ingleses y alemanes, como Hölderlin (*Poesías*) y Shakespeare (*Troilo y Crésida*). Y Manuel Altolaguirre fue autor de diversas versiones al español de poetas románticos ingleses. Entre las mujeres del 27 citemos, por ejemplo, la labor en este terreno de Ernestina de Champourcín, quien tradujo, entre otras obras, *El dios escorpión*:

*Tres novelas cortas*, de William Golding; la antología *Obra escogida*, de Emily Dickinson; o *Cuentos*, de Edgar Allan Poe.

La prosa de ficción no fue, precisamente, el punto fuerte de los poetas del 27. Tan solo alguno de ellos, como Pedro Salinas, se interesó por el género. Este fue autor de dos libros de relatos breves, *Víspera del gozo* (1926) y *El desnudo impecable* (1951) y de una novela, *La bomba increíble* (1950), en la que llevó a cabo una apasionada defensa de los valores eternos de la humanidad y en la que muestra su preocupación por una posible hecatombe nuclear, tema que le obsesionó al poeta desde el lanzamiento por los norteamericanos de la bomba atómica sobre Hiroshima, en 1945. Salinas planteaba un dilema un tanto paradójico, al proyectar en ella el horrendo exotismo que le producía el materialismo estadounidense y su preocupación por el futuro de las sociedades occidentales. La obra es en sí un experimento sin personajes principales, tramas definidas —más allá de la mera bomba— y, no obstante, claramente narrativa y con hermosos momentos líricos, como era de esperar.

En cuanto a las mujeres del 27, que llevamos citando y que últimamente se encuadran bajo el título de las *Sinsombrero*, María Teresa León, Ernestina de Champourcín y Rosa Chacel mostraron más dedicación a la narrativa. La primera fue autora de diversos volúmenes de relatos, entre ellos el volumen *Cuentos de la España actual* (1937); Ernestina de Champourcín escribirá la novela *La casa de enfrente*, de corte vanguardista; pero será Rosa Chacel la novelista más representativa de la generación. Su primera novela, *Estación. Ida y vuelta* (1930), de carácter experimental, se sustenta en un monólogo introspectivo de la escritora vallisoletana. Su acción es mínima, se le concede gran importancia al lenguaje metafórico y muestra un tono ensayístico e intelectual. Rosa Chacel escribe gran parte de su obra en el exilio, pero, a diferencia de otros transterrados, no hay en su literatura ni el compromiso político ni el tono dolorido y angustiado del destierro, sino que sus libros continúan el proceso de indagación intelectual en ambientes y psicologías de personajes característicos de quien, desde su juventud, fue fiel seguidora de las ideas orteguianas. Así, puede advertirse cierto carácter ensayístico también en su novela *Memorias de Leticia Valle* (1945), sobre el despertar erótico de una adolescente. Novela aún más intelectual es *La sinrazón* (1960). Su interés por el recuerdo y la memoria está presente en la trilogía novelesca de corte autobiográfico, integrada por *Barrio de Maravillas* (1976), *Acrópolis* (1984) y *Ciencias Naturales* (1988). La autoexigencia intelectual y literaria de Rosa Chacel da como resultado una prosa muy elaborada y un exquisito cuidado en la construcción de sus textos, cuya base estructural suele ser la división en secuencias del discurso narrativo, con frecuentes elipsis que, a veces, proporcionan un cierto carácter cinematográfico al relato.

Como en los demás géneros, otros autores que bien pudieron engrosar también la lista de la generación del 27 formaron parte del panorama de la narrativa, tanto antes como después de la Guerra Civil: Ramón Gómez de la Serna, *Corpus Barga*, Max Aub, Francisco Ayala, Ramón J. Sender, etc. El género se desarrolló, en principio, en torno a dos vertientes fundamentales: intelectual y popular. En años posteriores, derivará hacia la experimentación y el compromiso social.

### La IV guerra ibérica (sobre Umbral y Uclés, sintagmas arborescentes)

Octavio Gómez Milián<sup>^</sup>



---

<sup>^</sup> **Octavio Gómez Milián** (Zaragoza, 1978) obtuvo el Premio Isabel de Portugal de Narrativa 2022 con los relatos de *El imperio de las luces* y su novela *Interino* fue elegida como mejor libro de prosa en Aragón publicado en 2025 en la segunda edición de los Premios de la Crítica en Aragón.

La Guerra de África, la Guerra Civil, la guerra de los años de plomo. ¿Podemos elegir? Sintagma, preposición, sintagma y adjetivo. Aragón global, todos los escritores son aragoneses. Tú también. Porque tú escribiste en la escuela, algo, no sé cuánto. Pero seguro que sí. No hace falta abrir un agujero, un boquete a otra dimensión. Se abre y contempla el mundo, el viajero, este, nuestra dimensión, este mundo es el correcto. Aragón global, donde escribo una versión nueva de «*Los Helechos Arborescentes*», el moro, en España, su propia España, el ejército, todos los ejércitos vencidos y capturados. El moro Muza, coleccionista de bragas, acumulador de teléfonos en las letrinas, busco: Serie Francesillo, «*Las ninfas*» de 1975 y *Los helechos arborescentes* (1980), las casas de las niñas, llega el tren hasta Ariza, llega el autobús del instituto desde El Ejido. Vienen a guerra ganada y no corren, no son como los italianos (en el Ebro y en las Malvinas). Antes de Uclés estuvo Umbral. Doble U, la historia mágica, loca, cuántica, la historia alternativa de España. El poeta cabrón, el cabrón poeta, **José de Zorrilla**, lleva en la cartera un carnet de la Falange y otro de la CNT, a veces se confunde, enseña el que no debe, pero vive de la memoria y de la admiración es un espectro de la poesía, un tipo que sale en los libros de texto, en los antiguos, séptimo y octavo de EGB, los chicos del PREU, las niñas de la ESO.

**José de Zorrilla** sobrevive a los disparos, al bicarbonato del abismo. **Tomás de Zumalacárregui** llega con olor a fiemo, en la autovía, Pamplona-Zaragoza. Recuerdo, en Zaragoza, ciudad mutante, las escaleras metálicas, hacia el río, el Huerva, ahí, el sabor agrio de las copas mal trasegadas. La zona de bares de Zaragoza, Zuma. Las canciones de **Las Novias** en Zuma. *Los hijos de Luis Buñuel*. Todavía no, Zuma de **Zumalacárregui** en Zaragoza, triple Zeta. Nada de fulgor, solo África. Ahí, entre **Zorrilla** y **Espronceda**, vacilándose, el uno al otro, como si fuera una batalla de gallos. Alcohol malo, muy malo. Las Clarisas, que te pasan sus pastas, baratas, para el alivio después del alcohol. Te dirá que no al oro, sí a los duros de **Franco**. O al revés, no lo sé. Levantarse con resaca, levantarse joven, caminar hacia la Plaza Santa Cruz, luego al arco del deán, buscar el alivio del rastro. Mi hijo, mi mujer: revistas de baloncesto, mi hijo que mira, conoce a Javier, **Javier Aquilué**, músico plástico oscense seducido por la imaginería pagana, ángeles de abrigo de paño, un gólem, estatuillas de dioses perversos, batracios, cerámicas, el olor del Ebro en la desembocadura, mezclado con el cartón, de Tortosa, hacia atrás, la fábrica de la SAICA, busco la palabra, el nombre exacto, mientras mi mujer busca entre un montón de llaves, sobre una sábana, chata-rra que no abre ninguna puerta, llaves jubiladas de casas, casones, palacios derruidos.

Javier y la quincalla, mi hijo, tebeos de *Bruguera*, el **ABC** se nos ha hecho republicano, en el *Blanco y negro*, un anuncio de *Heno de Pravia*, de antes de la guerra, ¿de qué guerra, Octavio? ¿De qué rastro, más bien? Con el anuncio, ahora que el *Blanco y negro* se ha convertido en el Rojo y negro, los anuncios de jabón se pueden utilizar como material para collages. Cada uno de ellos, armado de una tijera, cada uno de nosotros, atrapados en el domingo, evitando el lunes, la hermandad de la quincalla.

España, de rastro en rastro, de plaza de toros a los alrededores de la catedral. Fantasmas del rastro, **Sergio Algora** vendiendo casetes grabados, el nuevo disco de **Gabinete Caligari** y **Golpes Bajos**. En su puesto, compartido con un tipo, cangrejo de anís, leche tibia, su compañero llega con una canoa, junto al río. Lo mejor es lo que queda en el suelo, lo que se abandona en la arena, al acabar el horario, el domingo que acaba para volver a empezar. Es lo mejor, se han marchado todos, lo vendido, comprado, lo robado. No había yonquis en la época de *Francesillo*, más tarde, lo contará Umbral, camino de ir a comprar el pan. El pan de la Transición. De 1980, comenzando la tercera guerra ibérica. Todos los personajes nuevos: de una dictadura a la otra, de Argentina a España, **Moris**, **Sergio Makaroff**, **Rot&Stivel**: *Macario* en las manos de **Maricarmen**. La portada del *Pronto*. Cuidado. Así se rompe el orden natural de las cosas. Es como comprar singles de **Julio Iglesias** con dinero de la República. Llevaba el tipo cincuenta años en un zulo. Ahora lo llamaría okupa. Al final, no está seguro, llaman a su casa, antes de que llegaran los prefijos, paga el sol y sombra con dinero de la república. La república es un jamón dulce, dulce no York, jamón por no decir nubes de azúcar. Malvavisco. ¿A dónde vas, desgraciado? Patacones, trigo, Galicia, museo, no, es Aerolíneas Argentinas. Desmontes de Tablares. Palencia, la capital del dolor. El Machu Picchu en ladrillo. Las caras en los billetes: **Manuel de Falla**, **Benito Pérez Galdós**. ¿Rojos o Pelayo? Fascistas a golpes contra los lectores del ABC. Los escritores son **Eugenio Montes**, Agustín de Foxá, **Eugenio d'Ors**, retomamos la saga, fuga con *Pío XII, la escolta mora y un general sin un ojo* (1985), *Leyenda del César Visionario* (1991) y el amor tísico de *Las señoritas de Aviñón* (1995). Dadme tiempo, es la forja, el ladrón, **Greta Garbo**, Nava de la Asunción, **Alberto Contador**, Pinto, tendremos tiempo, cuando sea. Es el primer capítulo. **Greta Garbo** saliendo de la pantalla, en el negro fundido sobre el púrpura. Un solo ojo, como **Leiva**, el de **Pereza**, como **Millán Astray**, la muerte, la Legión. Libros de confusión, esquemáticos, fáciles de confundir. Memoria, diario, novela escrita, novela acumulada, acumulativa, todo primeros capítulos. Entre foulard y boina. Primer capítulo.

## Mi opinión no solicitada

**A CARA DE PERRO**

José Ramón Guillem García

[www.joseguillem.com](http://www.joseguillem.com)



Me he levantado hoy como cualquier otro día, lo cual ya es, de por sí, sospechoso. Uno nunca debería confiar demasiado en los días que se presentan como “normales”. Esos son los que suelen terminar con una notificación electrónica que le felicita a uno por algo que claramente no ha hecho.

Además, estoy constipado, o tengo gripe, o un virus de esos que ahora flotan por la atmósfera como aquellos que pululan por el gimnasio sin saber qué hacer: invisibles, persistentes y con una inquietante vocación de permanencia. No sabría decir cuál es exactamente, pero tengo esa sensación viscosa en la cabeza, como si alguien hubiera rellenado mis pensamientos con algodón mojado.

Cuando estoy enfermo me da por pensar. Es un defecto terrible. La gente sana suele dedicarse a trabajar, pagar facturas o mirar el móvil con una expresión de resignación tecnológica. Pero cuando uno tiene fiebre ligera, de esa que no justifica una baja laboral pero sí una tragedia personal, el cerebro se vuelve un filósofo de barrio, y de los malos. He salido de casa igualmente. El mundo no se detiene porque uno tenga mocos; si lo hiciera, este planeta sería un monumento al pañuelo de papel.

He decidido ir al cine, me lo regalo para romper la semana, pero he tenido que echar gasolina al Smart Brabus que me compré hace poco por capricho. Un coche pequeño, compacto, casi tímido, como si hubiera sido diseñado por un ingeniero con complejo de ratón. Pero tiene su carácter. Cuando lo arranco suena como si estuviera enfadado conmigo por haberlo despertado, parece que siempre está a cara de perro, y eso me gusta: un poco de carácter.

La gasolinera estaba silenciosa, demasiado silenciosa. No había nadie. Bueno, sí había alguien: una máquina.

Antiguamente —y esto lo digo con el mismo tono con el que mi abuelo me contaba historias de la guerra— había una persona que te servía la gasolina. Un ser humano. Un espécimen de esa especie antigua que respondía al nombre de “empleado”.

Le dabas los buenos días.

Él te preguntaba cuánto querías.

Metía la manguera en el depósito con una precisión brutal.

Pagabas. Luego, de una riñonera de cuero cochambrosa, te daba las vueltas.

A veces incluso hablabas de cosas profundas. El tiempo. El precio del gasóleo. La misteriosa decadencia de la civilización. Fútbol (para el que le guste).

Hoy no. Hoy hay una máquina que te pide el número PIN.

Y lo curioso es que no tengo ningún problema en servirme yo la gasolina. No me molesta el esfuerzo físico de levantar la manguera. Lo que me inquieta es esa ausencia de humanidad, ese silencio del mundo moderno, como si la realidad hubiera decidido externalizar las conversaciones.

He metido la tarjeta.

He puesto el PIN.

He rellenado el depósito.

Durante todo el proceso, la máquina no me miró a los ojos ni una sola vez. Me pareció una falta de educación.

Después, antes de ir al cine, entré en una cafetería.

Tenía frío, ese frío interior que aparece cuando el cuerpo sospecha que algo microscópico está conspirando en tu sistema inmunológico.

Me senté en una mesa.

Esperé al camarero.

No vino.

En su lugar apareció un robot. Un robot pequeño, con ruedas, una pantalla luminosa y la expresión emocional de una tostadora reflexiva.

Se detuvo frente a mí con un pitido educado.

Encima de la mesa había una pegatina.

“Escanee el código QR para ver la carta”.

Lo hice.

En la pantalla de mi móvil apareció una lista de tapas, bebidas y cosas que probablemente habían sido diseñadas por un algoritmo que entiende la gastronomía como un problema logístico.

Mientras elegía mi café recordé a aquel camarero de siempre. El gracioso. El que tenía más confianza de la necesaria y un sentido del humor ligeramente peligroso.

—¿Qué quieres, rey?

—Un cortado.

—Hoy vienes con cara de lunes —decía.

—Es jueves.

—Pues peor.

Ese tipo de conversaciones no existen en el mundo del QR. El QR no juzga tu cara ni te pregunta si has dormido mal. El QR es una entidad neutral, burocrática, casi metafísica.

Pedí un café.

El robot volvió cinco minutos después con una bandeja. Depositó la taza frente a mí con la delicadeza de una enfermera cuando te pone una vía.

No dijo nada.

Yo tampoco.

Nos miramos durante un segundo largo, incómodo.

Creo que ninguno de los dos sabía cómo continuar la conversación.

Después fui al cine.

La taquilla estaba allí, pero también estaba vacía, como una cabina telefónica abandonada en un planeta sin cobertura emocional.

En su lugar había otra máquina.

Compré la entrada.

La máquina escupió un papel con un código QR que más tarde tendría que escanear en otra máquina para que otra máquina me permitiera entrar a ver una película sobre un monstruo creado por un científico.

La película era *La novia de Frankenstein*.

Lo cual me pareció profundamente apropiado.

Porque mientras caminaba hacia la sala pensé en algo curioso: el monstruo de Frankenstein fue construido con partes de distintos cadáveres. Un brazo de aquí, una pierna de allá, un poco de electricidad y, con suerte, una vaga intención filosófica.

A veces sospecho que nuestra sociedad funciona exactamente igual.

Un poco de tecnología.

Un poco de nostalgia. Un poco de eficiencia.

Un poco de soledad.

Y lo ensamblamos todo con cables esperando que funcione.

La sala estaba medio vacía.

Me senté en mi butaca con palomitas que había comprado en otra máquina, por supuesto.

Mientras empezaba la película recordé una frase que leí hace tiempo. Un amigo escritor, pero de los buenos, empezó una publicación suya con algo así como: “En 1816, Mary Shelley y su marido Percy Bysshe Shelley pasaron el verano en una mansión de Ginebra.”

Allí nació Frankenstein.

Una tormenta, unos escritores aburridos y una apuesta literaria.

Pensé que quizá nosotros también estamos dentro de una historia parecida. Solo que, en lugar de tormentas, tenemos wifi, y en lugar de escritores tenemos máquinas que nos sirven café.

La película avanzaba.

El monstruo buscaba compañía.

Yo también, supongo.

Pero no era una sensación triste exactamente. Más bien era esa clase de nostalgia tranquila que aparece cuando uno se da cuenta de que el mundo sigue adelante aunque nadie recuerde muy bien hacia dónde.

Al salir del cine escaneé otro código.

Una puerta automática se abrió con un suspiro mecánico.

Caminé hacia el coche.

El aire de la noche estaba frío y silencioso, como si alguien hubiera bajado el volumen del universo.

Arranqué el Smart.

El motor gruñó.

Y durante un momento pensé que, al menos, todavía quedaban cosas en este mundo que respondían cuando uno las despertaba, aunque fuera «a cara de perro».

## El baúl de las palabras

### LAS PALABRAS TAMBIÉN CUENTAN

Juan José Jurado Soto\*



....*Et l'ogre l'a mangé* ("...Y el ogro se lo comió"), del francés Louis Léopold Boilla (1761 – 1845). Litografía de 1824. *Musée Carnavalet, Histoire de Paris*. Licencia CC0.

\* **Juan José Jurado Soto** es maestro y psicopedagogo. Ha ejercido como funcionario en colegios e institutos públicos de la Comunidad de Madrid. Lleva casi 40 años publicando libros y artículos de temas diversos, gran parte de ellos relacionados con la educación. También ha ilustrado algunas de sus obras y de otros autores.

## CUENTO

El origen de la palabra *cuento* está en el término latino *compūtus*, que significa “cuenta” o “cálculo”, derivado de *computare* (“contar”, “calcular numéricamente”). Inicialmente tenía un sentido matemático: el término se utilizaba para referirse al cómputo de objetos o números. Con el tiempo, pasó a enumerar hechos. Narrar un cuento se entendía como “enumerar” o efectuar un recuento detallado de acontecimientos. De esta forma, el concepto de “contar” fue de los números (enumerar objetos) a los sucesos (enumerar o relatar hechos). Finalmente, la palabra *cuento* se asentó en el ámbito literario para designar, tal y como dice la Real Academia Española (RAE) en su primera acepción, a la “narración breve de ficción”. Algunos de sus sinónimos son: narración, relato, fábula, parábola.

Esa raíz compartida es la razón que explica por qué en español usamos el mismo verbo “contar”, tanto para la acción de realizar operaciones matemáticas como para la de relatar una historia. Pero el término *cuento* sigue hoy muy unido a las matemáticas. Existen palabras en nuestro vocabulario que comparten su mismo origen, como: *computadora* (“aparato que sirve para realizar cálculos matemáticos”), *cómputo* (“cálculo”, “cuenta”) y *computación* (“cómputo”).

Se llaman *cuentas* a los elementos que se ensartan en un collar, porque históricamente se usaban en objetos religiosos, como el rosario, para llevar la cuenta de las repeticiones durante prácticas espirituales o de oración. Derivado de esta función práctica de contar, el término pasó a definir a dichas piezas perforadas.

Antiguamente, también se usaba la palabra *cuento* con el significado de “un millón” y *cuento de cuentos*, para referirse a “un billón”. Asimismo, un *cuento de cuentos*, hace referencia a una “noticia difícil de explicar por estar liada con otras”.

Cuando decimos que vamos a *Tener en cuenta* a alguien o algo, nos referimos a que lo tomamos en consideración, le prestamos atención y no lo olvidamos. En la Edad Media, *cuenta* se usaba principalmente en el sentido de registro numérico, especialmente en contextos comerciales y administrativos. “Llevar las cuentas” era literalmente anotar y controlar datos importantes en un registro, esto es, hacerlo formar parte del cálculo, sin olvidarlo. Con el tiempo, el sentido se volvió metafórico y *tener en cuenta algo* pasó a significar ese “cálculo mental”, esa consideración que hay que hacer antes de decidir. La mente se concibe como un lugar donde se “llevan cuentas” ya que, de alguna manera, pensar es “contar”.

También fue en la Edad Media, cuando el término empezó a usarse con el sentido de relatar hechos y de narrar una historia, consolidándose en castellano, hacia el siglo XIV, para referirse concretamente a narraciones cortas.

Pero la palabra *cuento*, con el paso de los años, siguió multiplicando su significado: “relato, normalmente indiscreto, de un hecho ocurrido”, “relación, de palabra o por escrito, de un suceso incierto o inventado” o, de manera coloquial, “mentira, embuste, engaño, bulo”.

Pero, ¿por qué *cuento* significa tanto “relato” como “mentira”? Como hemos visto, *cuento* viene de *contar* y de enumerar pasa a narrar. Un cuento es una historia, pero algunas historias no son verdaderas, son inventadas. Muchas veces eran relatos: exagerados, fantásticos, adornados... Así, poco a poco, *cuento* empezó a asociarse con invención, fábula, historia poco creíble. Y lo inventado se asocia con lo falso. Por eso, *cuento* también significa “mentira”. De ahí surgen expresiones como: *Eso es un cuento* (“una mentira”), *No me vengas con cuentos* (“no me engañes”), *Contar cuentos* (“mentir o exagerar”), *Tener mucho cuento* (“mentir”, “ser muy tonto”), *Vivir del cuento* (“con engaños y artimañas, sin trabajar”), *Cuento de viejas* (“noticia que parece ser falsa o fabulosa”), *Cuento chino* (“embuste”, “exageración” o “invención”). Sobre el origen de la frase “ser un cuento chino”, una de las teorías más aceptadas se remonta al siglo XIII y a los relatos fantásticos y exóticos que el viajero Marco Polo trajo de Asia, los cuales resultaban increíbles para los europeos de aquella época.

También es muy conocida la frase *Tener más cuento que Calleja* con el sentido de ser “alguien fantasioso, que falsea y exagera la realidad o que se excusa de forma poco creíble”. El origen de la misma se debe al editor Saturnino Calleja que publicó, a finales del siglo XIX y primeros del XX, una vasta colección de libros de cuentos.

Nuestros diccionarios recogen los adjetivos: *cuentista*, *cuentero* y *cuentón* para referirse a la persona que suele contar enredos, chismes o embustes.

## NARRACIÓN

La *narración* es el “acto de exponer una historia real o ficticia”. Una palabra que proviene del latín *narratio*, *-ōnis*, que significa acción de “contar, referir o exponer un suceso”. Un término que a su vez deriva del verbo *narrare* (“contar”, “relatar”), vinculado a la raíz indoeuropea *gno-*, relacionada con “conocer, saber y dar a conocer”, junto al sufijo *-ción* (“acción y efecto”),

Su significado original iba más allá de solo contar, implicaba hacer sabedor a alguien de algo a través del discurso. En la antigüedad clásica, la *narratio* era una de las partes del discurso para exponer hechos.

## RELATO

La palabra *relato* proviene del latín *relātus*, del verbo *referre*, formado por *re-* (“hacia atrás”, “repetición”) y *latus* (“llevado”, “conducido”), cuya traducción literal es “llevado hacia atrás”. Sugiere traer al presente eventos ocurridos en el pasado mediante el cuento o la narración.

El concepto original aludía a traer o narrar hechos pasados. Con el tiempo, pasó de significar un informe a abarcar cuentos, narraciones breves, historias reales o ficticias.

## FÁBULA

También con un origen latino, la palabra fábula, deriva de *fabŭla*, y a su vez del verbo *fari* (“hablar”), significando originalmente “habladuría”, “conversación” o “relato”. En la antigua Roma, *fabula* no solo era un cuento, sino también rumores, conversaciones de la gente o incluso obras teatrales. Con el tiempo, el concepto de contar historias, evolucionó para definir breves relatos ficticios con moraleja final, en muchos casos protagonizados por animales y usados con intención de enseñar valores.

Autores como Esopo, Leonardo da Vinci o Jean de La Fontaine escribieron interesantes fábulas.

## PARÁBOLA

La palabra *parábola* proviene del griego *parabolé*, formado por *para-* (“al lado”, “junto a”) y *bolé* (“lanzar” o “poner”). Su significado literal original es: “poner una cosa al lado de otra para compararlas”, evolucionando hacia los conceptos de comparación, semejanza, ilustración o narración didáctica.

Tanto *parábola* como *palabra*, derivan del latín vulgar, aunque ambas tomaron caminos semánticos distintos.

El término ha sido usado en la literatura y en la bíblica para describir narraciones breves, historias o símiles que buscan transmitir una enseñanza moral o espiritual. Es la traducción griega del término hebreo *mashal* (“comparación”, “proverbio”, “máxima”). En el siglo I a.C., Apolonio de Perge utilizó la palabra *parábola* en la geometría para describir la curva, basándose en la “comparación de áreas”.

## LEYENDA

La palabra *leyenda* proviene del latín *legenda*, que literalmente significa "lo que debe ser leído". Este término es una forma del verbo *legere*, que indica acción y cuyo sentido original era "escoger" o "cosechar", y que más tarde evolucionó a "leer".

En sus inicios, dentro de la Iglesia Católica, se refería a los textos o lecciones sagradas (especialmente sobre la vida de los santos) que era obligatorio leer en voz alta durante los oficios religiosos o en el comedor de los monasterios. Con el tiempo, estas historias escritas para ser leídas, pasaron al ámbito oral y a la tradición popular, mezclándose con elementos fantásticos. En el siglo XVII, el significado de la palabra cambió, adquiriendo su matiz actual de "relato no totalmente cierto, pero que tiene una base real".

## PATRAÑA

La palabra *patraña*, que significa "mentira" o "invención engañosa", proviene del latín vulgar *pastoranea*, ("propio de pastores"). Originalmente aludía a las "consejas o cuentos de pastores", historias ficticias y fabulosas que éstos contaban durante sus largas noches en el campo. En la Edad Media, en el siglo XIV, se usaba la forma *pastraña* para referirse a noticias fabulosas, relatos de viajeros y cuentos populares. Con el tiempo evolucionó, perdió la "s" para convertirse en la forma actual *patraña*, que tal y como dice la RAE, es una "invención urdida con propósito de engañar".

En 1567 se publicó *El Patrañuelo*, del valenciano Joan Timoneda, una de las primeras obras de narrativa corta en castellano, compuesta por una colección de veintidós *patrañas* (cuentos moralizantes, humorísticos o picarescos) que mezclan tradición popular, anécdotas italianas y elementos propios del Renacimiento español. El autor adaptó muchas historias de fuentes orales, dándole un estilo desenfadado, vivo y cercano. Una obra que influyó en el desarrollo posterior del cuento literario en España.

En el capítulo XXV de la Primera Parte de *El Quijote*, publicado en 1605, Sancho Panza, utiliza este término que comentamos en una conversación con su amo en Sierra Morena, al expresar su incredulidad sobre las mentiras e historias inverosímiles de caballerías que le cuenta; en concreto al hablar sobre la bacía de barbero y el yelmo de Mambrino: "todo *pastraña*, o *patraña*, o como lo llamáramos".

Por lo tanto, *patraña* pasó de ser un "cuento de pastores" a sinónimo de "mentira" o "bulo".



## Beatrix Kiddo

Fernando Martín Pescador

*Kill Bill*, dirigida por Quentin Tarantino, 2003-2004.

*Noche de bodas (Ready or Not)*, dirigida por Matt Bettinelli-Olpin y Tyler Gillett, 2019.

*Noche de bodas 2 (Ready or Not 2: Here I Come)*, Matt Bettinelli-Olpin y Tyler Gillett, 2026.

*Te van a matar (They Will Kill you)*, dirigida por Kirill Sokolov, 2026.



El próximo viernes, 10 de abril, podremos ver en los cines españoles *Kill Bill: The Whole Bloody Affair*. Más de cuatro horas y media de largometraje. Esta versión unificada y extendida combina *Kill Bill Volumen 1* y *Volumen 2*, incluyendo una nueva escena de *anime* y una escena a color que, originalmente, se estrenó en blanco y negro.

Al principio, los héroes cinematográficos ni se despeinaban. Siempre de punta en blanco, esquivaban las balas que silbaban a su alrededor y no recibían ni un rasguño. Cuando Bruce Lee llamó a Chuck Norris para pedirle que rodaran la famosa escena de *El furor del dragón* (*Meng long guo jiang*, 1972) en la que ambos se enfrentarían, el bueno de Chuck le preguntó: «¿Tengo que perder?». Hasta entonces, Bruce Lee siempre había salido victorioso de sus peleas sin apenas recibir un golpe. Tras arduas negociaciones, Norris, entonces campeón mundial de karate, accedió a participar en la película a condición de que, aunque fuera derrotado al final, pudiera ganar en algunos de los lances del combate. Dos años más tarde, *Chinatown* (Roman Polanski, 1974) sentó un curioso precedente: al comienzo de la película, al personaje protagonista que interpreta Jack Nicholson le rompen la nariz y luce una especie de venda tiritada durante casi todo el film. A partir de ese momento, el héroe de una película de acción podía sangrar, sudar e, incluso no cambiarse de ropa en toda la película. Por poner dos ejemplos, podemos mencionar *Acorralado* (*First Blood*, 1982, cuya traducción literal sería «primera sangre» - ¿coincidencia?) con Sylvester Stallone y *La jungla de cristal* (*Die Hard*, 1988), con Bruce Willis.

Y entonces llegó ella. Uma. Uma Thurman. Tras trabajar juntos en *Pulp Fiction* (1994), Quentin Tarantino la eligió para interpretar a la novia (así aparece en los créditos, *the bride*, aunque luego descubrimos que se llama Beatrix Kiddo) en su cuarta película. Una cuarta película que, por su larga duración, se dividió en dos volúmenes que se estrenaron en 2003 y 2004 respectivamente. Tarantino se inspiró en la novela de *El conde de Monte Cristo* (le tiene que gustar mucho Alejandro Dumas: habla también del novelista francés en *Django Unchained*, 2009) para escribir una historia de acción en la que la protagonista sangra tantas veces como haga falta. La película comienza con una Uma Thurman vejada, golpeada, ensangrentada. Dada por muerta. Y eso solo es el comienzo. En un momento dado del largometraje, es enterrada a dos metros bajo tierra...

Ya no es novedad que una película de acción sea protagonizada por una mujer. Sin embargo, no es tan fácil verlas sangrar como Beatrix Kiddo en *Kill Bill*. En estos inicios de 2026, podemos disfrutar en los cines de dos películas cuyas protagonistas sufren múltiples heridas y sangran casi tanto como Beatrix. Son dos películas que mezclan acción, *gore*, humor y terror a partes iguales. Ambos guiones comparten, además, varios puntos del guion: los malos adoran a Satanás y las protagonistas son dos hermanas que se reencuentran después de que la mayor abandonara a la pequeña. Se trata de *Noche de bodas 2* y *Te van a matar*. A pesar de las coincidencias, ambas películas tienen una frescura que las hace recomendables. En el caso de *Noche de bodas 2*, aunque la primera entrega es mejor, esta segunda parte no decepcionará a sus seguidores.



## ENTRAR EN UNA BIBLIOTECA

Fernando Martín Pescador



*Incontrolable (I Swear, dirigida por Kirk Jones, 2025)*

Todos los seres humanos caemos inevitablemente en una dualidad bastante interesante: todos somos parte de, al menos, una mayoría y cada uno de nosotros es parte, al menos, de una minoría. Acudiendo a los extremos absolutos, todos configuramos una mayoría como especie, como humanos, y cada uno de nosotros configura su propia individualidad, su propia minoría.

La acelerada explosión demográfica de los últimos treinta años ha provocado que las minorías sean más numerosas. En dos sentidos: hay más mino-

rías y muchas minorías cuentan con más miembros. Eso ha permitido que más sensibilidades se hayan hecho oír y, en occidente, se ha llegado a decir, con cierto temor, que nuestras democracias ya no son el gobierno de la mayoría, sino el gobierno de las minorías. En realidad, lo que ha ocurrido es que la minoría que había estado tradicionalmente en el poder siente amenazada su posición de privilegio. Mantener un equilibrio pacífico y civilizado es complicado. Algunas minorías son más ruidosas que otras. Algunas minorías son menos solidarias que otras. Pero debemos seguir trabajando por una sociedad inclusiva; debemos mostrar empatía por aquel que es diferente a nosotros. Y, para esto, debemos informar y educar a la población.

*Incontrolable*, la película británica que se estrenó en los cines españoles el pasado viernes, informa, educa, entretiene y emociona. Basada en la vida de John Davidson (Escocia, 1971) y protagonizada por un magnífico Robert Aramayo (inglés, de abuelo donostiarra), la cinta habla del síndrome de Tourette, un trastorno primario del movimiento, cuya característica principal es la presencia crónica de tics. Estudios recientes indican que afecta a cerca del 1% de los niños españoles. Aunque la coprolalia (decir palabras obscenas involuntariamente) es uno de los síntomas más popularizados por el cine, se trata de una característica presente en menos del 20% de los afectados.

*Incontrolable* es una historia de amor. Dottie es la madre de un compañero de escuela de John Davidson. Ha trabajado como enfermera en un hospital de enfermedades mentales. Le han diagnosticado un cáncer y le han pronosticado seis meses de vida. Conoce a John accidentalmente y decide emplear los seis meses que le quedan en ayudar a John. Esa historia de amor ayuda a normalizar la vida de John. Primero es aceptado por una familia; después, le ayudan a conseguir un trabajo. A partir de ahí, John comienza a ayudar a niños en su misma situación. La historia de amor se convierte en una historia de superación. John sigue teniendo múltiples tics. John sigue blasfemando en los momentos menos oportunos. Pero ha encontrado su lugar en el mundo como miembro de una minoría. Una de las cosas que aún no se atreve a hacer es entrar en una biblioteca. Sabe que no podrá dejar de llamar la atención con sus tics y sus gritos. Pero *Incontrolable*, sin ocultar todos los problemas que puede acarrear el síndrome de Tourette, está llena de milagros.

## Agenda 2025-2026

Estas son las actividades culturales previstas para la próxima temporada dentro del marco de Luciérnagas:

**23 Septiembre – DÍA EUROPEO DE LAS LENGUAS**

19:00 – 20:00 — Chillout Room – Escuela Oficial de Idiomas de **Valdemoro**

**19 Oct 2025 – 2 Ene 2026 – La luz de tu querer**

Exposición de Livia Organista

**Milia's Coffee** - Kirchstraße 10, 42103 Wuppertal Hauptbahnhof

**27 Octubre – Tertulia literaria sobre el libro *Rincones de la infancia*, de Felipe Díaz Pardo**

11:30 -13:30 – Fuenlabrada

**28 Octubre – TARDE DE MONSTRUOS**

19:00 – 20:30 – Lectura de cuentos de terror.

**Noviembre –CERTAMEN LITERARIO BREVERÍAS III EDICIÓN**

**Diciembre – CUENTOS POR NAVIDAD**

Número 114, diciembre 2025, de *La revista de Valdemoro*

**Febrero – OSCAR AWARDS 2026 - Reviews**

**23 Marzo – VII Edición del concurso de deletreo en inglés (Spelling Bee) de Valdemoro**

**17-19 Abril – Feria del libro de Valdemoro**

**21 Abril – POSEÍA POESÍA**

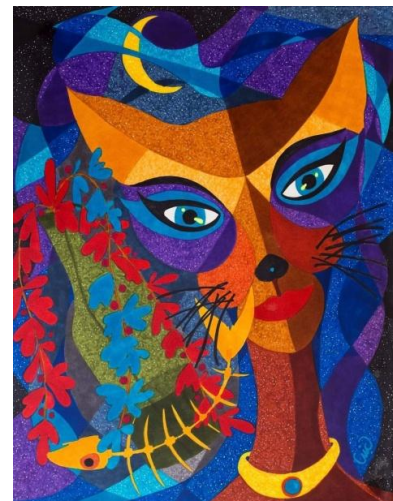
19:15 Biblioteca Ana María Matute – Valdemoro

**30 Abril – TARDE DE MONSTRUOS**

Publicación de la antología de cuentos.

**Primavera 2026 – PRESENCIA Y OTROS POEMAS DE JOSÉ EMILIO PACHECO**

Tomás Lozano en concierto



## Ilustraciones de Ángel Busto Maneiro



- Portada: El mercader del tiempo  
Página 4: Mi microuniverso  
Página 5: King of Hearts.  
Página 7: Las fauces del gorrión  
Página 13: No a la guerra.  
Página 14: La sandía de Mafalda  
Página 18: Actinia o la danza de la soledad  
Página 21: Vía Láctea  
Página 22: Cardióloga  
Página 23: Homenaje al Guernica.  
Página 24: El entierro de la sardina.  
Página 31: El ojo sin torre.  
Página 32: The Bride of Polyphemus.  
Página 35: La voz de mi madre  
Página 38: La maestra  
Página 40: Nana  
Página 43: Selenitas en una segunda cita  
Página 46: Amado monstruo  
Página 48: La escalera a mi azotea  
Página 52: Pon otra cara.  
Página 56: Nueve calaveras.  
Página 59: Planeta sin cobertura emocional.  
Página 67: Libérrimas libélulas liberadas  
Página 68: Uma.  
Página 71: Anzuelo  
Página 73: Gato.  
Página 74: Siga hasta la próxima puerta.